

efectos maravillosos, implanta algo grande, noble, santo, algo que es para la eternidad.

Aunque parezca raro, una vida sólo piadosa no siempre restablece todo esto. Reconocemos que hay personas piadosas que no han restablecido bien en ellas la rectitud, la generosidad, la entrega, el honor, la lealtad, la franqueza; personas que suman a una cierta piedad mística, cosas que producen mal efecto en el mundo. Diría, naturalmente, que esa clase de piedad es la que más aleja de la Iglesia y de Nuestro Señor Jesucristo. Las gentes del mundo que no son cristianas quieren ver, en el más insignificante de los cristianos, un carácter noble, y encontrar en él aquello que encuentran, algunas veces, en grado notorio en los pecadores.

Así pues, si el pecador está dotado de virtudes naturales, y la persona piadosa que está en estado de gracia, porque frecuenta los sacramentos, no tiene estas virtudes naturales, produce un penoso contraste que no es provechoso ni para la gloria de Nuestro Señor Jesucristo y de la Iglesia, ni para la conversión de los pecadores. Vosotras pues, Hermanas, que estáis llamadas a extender el reino de Jesucristo en las almas, debéis comprender, qué necesario es tener gran cuidado para que todo, en vosotras mismas, y en los demás, sea bueno, amable, sencillo, franco y generoso. Me interesaba insistir mucho, sobre esta característica, porque es especialmente nuestra.

Los Padres de la Asunción, el Padre Picard, el Padre d'Alzon, dicen que sin la franqueza, no se posee el espíritu de la Asunción; y yo, añadiría que si no se tiene la bondad, la verdadera bondad, tampoco se posee el espíritu de la Asunción. Ciertamente la bondad es un virtud sobrenatural, pero también es una virtud natural: ofrece los dos aspectos. Exige al alma que se restablezca en la bondad original, y exige también la gracia de Jesucristo que nos hace buenos, porque Él es infinitamente bueno.

Os aconsejo, Hermanas, que cultivéis, en vosotras, este orden de cosas. No existe pecado grave cuando uno se aleja de esto, y he aquí justamente donde está el peligro. Ser cobarde no es un gran pecado.

Una persona que realmente no ha mentido, pero que ha tergiversado un poco, que ha dado una respuesta ingeniosa que no es ni sí ni no, ¿ha pecado? Ha debilitado su carácter y no ha honrado a Dios con ello. Toda persona que, al buscar a Dios, se busca un poco a sí misma, ¿ha pecado? Toda persona cuyos juicios ordinarios no son benévolos, pero que no los expresa, y que, por consiguiente no ha murmurado ni calumniado, ¿ha pecado? Si no tengo esta bondad que compadece, que condesciende, que ayuda al que sufre, en una palabra, esta bondad que está en todas las páginas del Evangelio ¿he pecado?

Las personas, que sin tender a la perfección, quieren, sin embargo, mantener sus almas en una suficiente pureza, algunas veces, se hacen grandes ilusiones en este sentido. Creen que no tienen que hacer ningún esfuerzo para elevarse, para ennoblecerse, para rehacerse, para ser buenas, generosas, leales, y, sin embargo, puede ocurrir que los pecadores sean mejores que ellas. Esto no puede suceder en la Asunción, y os recomiendo, como una de las características de nuestro espíritu, el adquirir este estilo de virtud.

23 de junio de 1878

El espíritu de la Asunción – XIII

**Paciencia y vida interior,  
frutos de la devoción al Santísimo Sacramento.**

Mis queridas Hijas,

No voy a volver hoy sobre el tema que he tratado ultimamente; os diré sólo que, para religiosas consagradas de modo especial a la adoración y al amor al Santísimo Sacramento, está hermosa Octava es un buen momento para acrecentar el espíritu de adoración, de amor y de júbilo, ya que la Iglesia quiere venerar, con espíritu de júbilo, a este Sacramento en el que Jesucristo habita entre nosotros y se nos entrega.

Sin duda, podemos tener dificultades y desolaciones; pero están en los límites de nuestra naturaleza, y por encima de esos límites hay un júbilo, que es el de los Ángeles que rodean el Santísimo Sacramento, que es el gozo que experimenta Nuestro Señor al darse cada vez que encuentra un alma pura que quiere recibirle. Al olvidarse de uno mismo, se puede penetrar en esta albanza, en esta acción de gracias, porque por el Santísimo Sacramento adquirimos el poder glorificar a Dios en la medida que lo merece. Por nuestras propias fuerzas no podemos nada: nuestras ingratitudes y nuestras miserias son más bien ofensas y deshonra para Dios; pero por medio de Nuestro Señor Jesucristo le rendimos un honor tal como le corresponde a Él.

No podemos ofrecer a Dios nada más grande, más santo, más digno de Él que el Santísimo Sacramento. No hay otro sacrificio por el cual podamos estar completamente seguras de alcanzar los objetivos que

sabéis son los suyos: la adoración, la propiciación, la impetración y la acción de gracias. Igualmente, cuando estáis ante el Santísimo Sacramento, podéis, en el nombre de Jesús y por Jesús que está allí por vosotras, rogar a Dios con seguridad, glorificarle con confianza, alabarle y bendecirle como se merece. También es conveniente dejar de lado los límites de las preocupaciones personales, para embeberse de los pensamientos de la Iglesia, y para obtener de la fe, el amor a las grandes causas.

Además, se dice en la Sagrada Escritura que Nuestro Señor nos ha llamado para que diéramos fruto (20). Por tanto, es el Santísimo Sacramento el que debe producir esos frutos en nosotras. Buscad pues, un poco, Hermanas, en esta semana cuál es el fruto que Nuestro Señor quiere que se produzca en vosotras. Sin duda será ante todo, más vida interior, más interés por escucharle.

Parece extraordinario que la verdadera vida interior sea poco frecuente; sin embargo, es verdad que recogerse dentro de sí mismo, hacer que cese el ruido del exterior, cerrar el oído a lo que sucede, es una cosa rara, incluso entre las almas consagradas a Dios. ¿Por qué hay tan pocas almas interiores? Es porque no saben callarse y escuchar. No saben recogerse, rechazar las curiosidades exteriores, mortificar los movimientos del espíritu y los del corazón, para recibir de Dios alguna luz. Si cercenamos todo lo demás, Dios nos dará luces que serán ya para la eternidad, Él nos hablará. Cuando no se le oye hablar, es probable que sea porque se ha prestado atención a otra cosa.

Hay todavía otro fruto que se debe producir en nosotras: la paciencia. Parece en efecto, que en todas las cosas de la tierra, el fruto que Nuestro Señor espera de nosotras, es la paciencia. No creo que sea esta virtud la que ocupa el primer lugar en vuestros pensamientos. En general, uno se preocupa en acrecentar en sí una fe viva, una esperanza firme, un amor ardiente, incluso una humildad sincera y generosa, rara vez se aplica a la paciencia. Quisiera tener un cuadro

(20) Jn. XV, 16.

de concordancias para saber cuántas veces la palabra paciencia se repite en las Sagradas Escrituras. Nuestro Señor la predica sin cesar; Santiago y san Pablo hablan de ella en sus epístolas: «la paciencia lo obtiene todo» (Santiago). «Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas» (Lucas). «Por vuestra paciencia produciréis fruto» (Lucas). Etcétera, etc.

Pues bien, Hermanas, es necesario basarse en la paciencia para recibir el fruto de las promesas. Es necesario tener paciencia en relación con las demás virtudes; hay que practicarla consigo mismo; hay que tener mucha con el prójimo; incluso diría que hay que tenerla con Dios. Os decía hace un momento que, si uno se calla, se recoge, se oíría la voz de Dios. Una hermana va a la capilla, cierra los ojos y escucha; tiene interés en oír la voz de Dios, pero Dios no habla. Entonces, algunas veces ocurre que no se espera con paciencia el momento en el que Dios desea hablar; y como, para oír bien a Dios, hay que pasar por momentos de sequedad, de purificación, como también hay que sentirse separado de las cosas de la tierra, cuando todavía no se han recibido las del cielo, se vuelve a las cosas de la tierra, porque no se tiene paciencia.

No hablo aquí de las cosas de la tierra, que están lejos de la vida religiosas; sino de tal o cual preocupación, de tal o cual trabajo de su empleo, de tal o cual lectura. Se desliza uno con tanta comodidad por esta pendiente; es tan fácil vivir así, y tan difícil no vivir de ese modo, y esperar a Dios cuando no nos muestra su rostro. Dichosas seréis, Hermanas, si este no es vuestro caso, si incluso en la oración, en el Oficio, a lo largo del día, no sois de esas personas que viven de sus pensamientos, y si, por el contrario, sois de las que se sienten fácilmente en presencia de Dios y entregan a Nuestro Señor todo el tiempo que le han consagrado.

Os pido que busquéis, en esta semana estos frutos en el espíritu de adoración. Creo que muchas gracias están unidas a estas fiestas que celebramos en este momento. Se rinde a Nuestro Señor un culto que se podría calificar de infantil. Son flores, cantos, procesiones; pero acepta todo esto, está a gusto entre sus hijos en estas fiestas en que le

alaban, está dispuesto a abrir sus manos y a concedernos sus gracias. A cambio de ofrecimientos, pequeños como nosotros, nos ofrece gracias grandes como Él.

Actuemos de tal modo que podamos abrir ampliamente nuestros corazones para recibir sus dones, que podamos recogernos completamente, a fin de que Él pueda llegar a ese lugar secreto del alma, escogido por Él, para hacernos oír sus oráculos. Este es el lugar secreto que Dios ha hecho vibrar cuando os llamó a la vocación religiosa; ahí se hace oír como en ninguna otra parte, pero es un lugar muy íntimo. Actuemos de tal modo que Nuestro Señor se deje oír ahí, que nos conceda el deseo de algo mejor de lo que hasta ahora no hemos adquirido, más fidelidad, más amor, más dedicación a la alabanza, a la entrega, al sacrificio, en una palabra, a todo aquello que santifica a las almas.

14 de julio de 1878

El espíritu de la Asunción – XIV

**De la prudencia  
que conviene a una hija de la Asunción.**

Mis queridas Hijas,

Os he hablado, hace algún tiempo, de las virtudes naturales, que deben ser practicadas por una Religiosa de la Asunción. Tengo ahora la ocasión de hablaros de una virtud que es al mismo tiempo de orden natural y de orden sobrenatural, pero acerca de la cual, algunas veces, se formulan ideas no muy exactas, me refiero a la prudencia.

Se oye decir fácilmente: «Yo, no soy prudente, pero no me interesa». Mas fijáos, Hermanas, que hay prudencia y prudencia. Existe la prudencia humana, que de ningún modo es deseable; pero existe también la prudencia que considero que es, la que debe tener una Religiosa de la Asunción, y sobre la cual deseo ofrecer algunas nociones.

En primer lugar la prudencia de una Religiosa de la Asunción debe consistir en conocer, en la medida de lo posible, las reglas de la Iglesia y conformarse a ellas. He aquí una prudencia de la que nadie, me parece, puede sentirse dispensada. Esta es sobrenatural y santa por excelencia, y es útil en todas las circunstancias en que nos podamos encontrar. Cuando me hablan de algunas imprudencias, cometidas en las comunidades, sea por una Superiora, sea por una ecónoma o por cualquier otra persona, es, casi siempre, porque ha habido negligencia en el cumplimiento de las reglas de la Iglesia. Si nos mantuviéramos siempre

en las reglas y en los consejos de la Iglesia, las comunidades caminarían con verdadera prudencia, prudencia cristiana y sobrenatural.

Lo mismo ocurre con cada persona considerada individualmente. Daos cuenta, Hermanas, que existen reglas de la Iglesia sobre infinidad de cosas. Las hay sobre la confesión; las hay sobre la comunión; las hay sobre las relaciones que debemos tener entre nosotras, sobre las relaciones que podamos tener con personas del exterior. Además tenemos nuestras reglas, que son leyes de la Iglesia respecto a nosotras, ya que han sido aprobadas y adaptadas a nuestra vida por la autoridad de la Sede Apostólica.

Así pues, veis que hay reglas de la Iglesia sobre una infinidad de cosas; y precisamente porque no las conocemos todas, necesitamos recurrir a personas doctas e ilustradas. Digo esto especialmente, para aquellas que tienen alguna autoridad. Que su gran preocupación, cuando se trate de decidir alguna cosa, sea la de conocer cuál es el sentido de la Iglesia referente a ese punto; ya se trate de bienes temporales, ya se trate de una vocación o de una fundación, ya se trate de renunciar a una fundación o de cómo actuar con tal o cual persona, es muy importante informarse de cuál es el espíritu de la Iglesia al respecto, de lo que ella aprueba, de lo que desapruueba; y además, con la confianza que se debe tener hacia las decisiones que da la Iglesia, es necesario hacer uso de la prudencia para conformarse con estas reglas.

He aquí una primera prudencia; voy a hablar de una segunda que también conviene a una Religiosa de la Asunción; que se debe regular por la virtud, los diversos movimientos del alma. Toda persona que regula por medio de la virtud, los movimientos de su alma, es una persona que acaba de actuar con mucha prudencia. «Todo deseo no viene del Espíritu Santo, aunque parezca bueno y justo», dice el autor de la Imitación. Todos tenemos una naturaleza con tales y cuales impulsos. Ahora bien, cuando sentimos un fuerte impulso, la naturaleza nos empuja a actuar según este impulso; la prudencia, por el contrario, nos

detiene y nos induce a preguntar: «¿Este movimiento está ordenado por la virtud?».

Tenéis impulsos de impaciencia, de agrandar, de placer, de hastío, sentís repugnancias, cosas que os sublevan, todo esto es muy imperfecto y debe ser reglado por la virtud. Cuando sentís una sensación muy viva, hay que replegarse en sí misma y preguntarse: «¿Esto agrada a Dios? ¿pertenece al orden de la humildad, de la obediencia y de todas las demás virtudes?» Si habitualmente reguláis así todos los movimientos de vuestra alma, por la virtud, si os hacéis amables con las personas que os resultan desagradables, si os habituáis a vencer las impacencias de la naturaleza ante las dificultades y ante las pequeñas contradicciones; si, en una palabra, tendéis, como Nuestro Señor lo ha recomendado a tantos santos, a hacer llanamente lo que os desagrada y a alejaros buenamente de lo que más os gusta, creo que la razón y la prudencia dominarán en vuestra vida.

Tampoco aquí nadie puede decir: «No necesito esta prudencia. Tengo un temperamento espontáneo, y actúo según mi naturaleza». Esto no es posible, porque nos hemos comprometido a trabajar en la perfección de nuestra naturaleza, por medio de esta prudencia que es tan sobrenatural, tan fuerte en el orden de la fe, que ninguna Religiosa de la Asunción puede obviarla. No la adquirirá de pronto, sino que deberá trabajar constantemente para conseguirla; y, cuando observe que ha actuado bajo un impulso natural, tiene que decirse: «No tengo que actuar así. Cuando yo sienta un impulso natural, tengo que tratar de mantenerme tranquila, recogida, no decir nada, ni hacer nada, hasta que este impulso se haya pasado, y entonces pueda actuar únicamente bajo la mirada de Dios, y realice esa acción porque Dios la quiere, y no porque me agrada o me desagrada, o porque una llama viva brota y me impele».

Encontramos personas que de repente se inflaman en la práctica de austeridades, y en la realización de una vocación especial: esto es una locura o cuando menos un impulso de la naturaleza. Si una

persona quiere actuar según las reglas de la prudencia es preciso que olvide ese impulso tan fuerte, que lo someta a la obediencia, que se deje guiar por una dirección prudente; y, cuando todo esté en calma, cuando la obediencia y el beneplácito de Dios la inclinen a algo, entonces podrá realizarlo; pero solamente por esta razón, y no porque se sienta impelida por un vivo movimiento de la naturaleza.

Las que están, desde hace mucho tiempo, ya con nosotras habrán encontrado, ciertamente, personas de éstas que se dejan llevar por tales buenas apariencias; pero esto nunca edifica. Resulta, por el contrario, que las personas en las que reina la prudencia cristiana, de la que os estoy hablando, son personas que actúan bajo la mirada de Dios, de tal modo que ellas mismas no lo ven, pero se sienten a Nuestro Señor en ellas por su paz, su afabilidad, su obediencia, para no inclinarse hacia ninguna actividad natural. Esto es lo que edifica, lo que causa bien.

Con esto llegamos a la tercera clase de prudencia, que en general se comprende mejor y se acepta mejor: consiste en examinar las consecuencias de los actos que uno ejecuta, y conviene examinar estas consecuencias, sobre todo, con vistas a edificar a los demás. Cuando, por ejemplo, uno se impacienta, se piensa que se hace daño a sí mismo, pero no a los otros; sin embargo, la niña a quien habéis sorprendido con vuestra impaciencia, ¿se ha edificado? Este es el problema.

No creo que una Religiosa pueda cometer nunca una acción que dé mal ejemplo, ni siquiera cuando esa acción le pudiera sacar de un apuro; porque una Religiosa tiene que hacer que Nuestro Señor viva en ella, debe extender el reino de Jesucristo en las almas, e incorporar a su vida las normas del Evangelio. Por un impulso vivo de impaciencia podréis dominar a las niñas, podréis conseguir silencio, podréis lograr que aprendan una lección: es un éxito momentáneo; pero las niñas ¿habrán sacado la impresión de haber percibido el santo Evangelio en la vida de su maestra? ¿Guardarán un respeto profundo hacia la vida religiosa? ¿Habrán aumentado su fe, se habrá incre-

mentado su piedad? En una palabra, ¿se habrán sentido edificadas, es decir, habréis cimentado en ellas el espíritu de Jesucristo? He aquí las consecuencias, que hay que tener siempre en cuenta, en nuestras acciones.

Estos son los tres aspectos que yo recordaba en estos días, cuando pensaba en explicaros qué es la prudencia. Hay muchas personas que, al considerar esta virtud bajo un punto de vista humano, se preguntan: «¿Es necesaria la prudencia?» Sí, es necesaria, y debemos poner toda nuestra atención en ella: San Francisco de Sales dice que si la caridad es la reina de las virtudes, la prudencia es otra reina, porque ordena cada cosa y la coloca en su sitio. Yo no voy tan lejos; pero os recomiendo la prudencia: - 1º.) para conocer las reglas de la Iglesia y para conformarnos enteramente al espíritu de la Iglesia; - 2º.) para moderar, por medio de la virtud, los movimientos del alma; para no seguir los impulsos que se presenten, y para no dejarse llevar por la apariencia del bien, sino que se debe esperar, una vez pacificado el espíritu, para poder actuar según las disposiciones de la obediencia, de la pobreza, de la abnegación y de todas las otras virtudes; - 3º.) en fin, para examinar las consecuencias de las acciones que ejecutamos, y esto, sobre todo, desde el punto de vista del buen ejemplo.

Recordad que debemos preferir siempre el espíritu religioso a cualquier otro bien que podamos realizar. Cuando la vida religiosa nos lleva a mantener el silencio, a cuidar el recogimiento, no hay que, bajo ningún pretexto de un mayor bien, expansionarse hacia afuera, no hay que dejarse dominar por las visitas. ¿Qué sucede entonces? Que se desvanece el espíritu religioso; y ya no se cumple la Regla, que, como la nuestra, exige moderación, cuando dice que «para hacer el bien en el exterior, no nos podemos exponer a cumplir con menos rigor los deberes internos». En este caso se producen faltas lamentables en todos los sentidos; y, lejos de hacer el bien, a nadie damos buen ejemplo.

Si se quiere mantener la prudencia en las relaciones con las personas del mundo, hay que tratar, sobre todo, de hablarles de Dios,

esforzarse en hacer bien a sus almas y en evitar las largas conversaciones.

He aquí, Hermanas, la prudencia que considero conviene para las hijas de la Asunción, y de la que nadie puede ser dispensada, bajo pretexto de que en tal virtud se esconde algo demasiado humano, puesto que me parece que me he mantenido en las reglas de la fe, al hablaros de esta virtud que pertenece tanto al orden sobrenatural como al orden natural.

---

## II. Otros Capítulos:

### **Sobre el espíritu de la Asunción - 14 de diciembre de 1873**

*El 14 de diciembre fue un día de toma de hábito, a la que asistieron los Padres Picard y Pernet. La Madre María Eugenia en una instrucción por la mañana, habla a las hermanas sobre «el espíritu de la Asunción»*

*La situación del país y de la Iglesia (cfr. Introducción a los Capítulos de 1878) promueve oraciones públicas, mientras que la Asociación de Nuestra Señora de la Salud, fundada en 1872 por los Padres de la Asunción en unión con la Madre María Eugenia y con su apoyo, actúa «con una perspectiva de dignificación cristiana y social». En mayo tuvo lugar la primera peregrinación nacional a Roma; en julio aparece el primer número del «Pèlerin» y es la primera peregrinación nacional a Lourdes (492 peregrinos) a la que se unieron las hermanas en procesión diaria a la imagen de la gruta, inaugurada en junio. El año siguiente, la Madre María Eugenia y varias hermanas estuvieron presentes en la segunda peregrinación a Lourdes.*

*El Padre Picard habla con frecuencia a las hermanas de estas nuevas actividades apostólicas. No tiene nada de extraño que, en el Capítulo sobre «el espíritu de la Asunción», la Madre María Eugenia evoque, por medio de la divisa «Adveniat Regnum tuum», ese «algo ardoroso, militante, que caracteriza la conducta de los Padres de la Asunción».*

\* \* \*

Mis queridas Hijas,

Hay varios aspectos en la vida de la Asunción que os he explicado con frecuencia. Tomaré, hoy de nuevo, tres o cuatro puntos que me interesa precisar más.

Ciertamente Monseñor Gay ha definido admirablemente nuestro espíritu, cuando dice que, como Religiosas de la Asunción, debemos estar especialmente unidas, vinculadas a esta vida de la Santísima Virgen que no es otra que la de Nuestro Señor Jesucristo, y a ejemplo suyo, elevarnos siempre por encima de todo lo terreno y vencer todas las dificultades con el «Sursum corda!». Tratemos de mantenernos siempre en esta disposición. Cuando algo fracasa, en las dificultades, en los sufrimientos, elevémonos por medio de la fe, por medio del amor. Esta debe ser nuestra asunción, mis queridas hijas: elevarnos por encima de todos los sufrimientos, de todas las dificultades, de todos los tedios de la vida, manteniéndonos siempre en la línea de la fe, en la línea de la esperanza, en la línea del amor a Nuestro Señor.

Pero otro aspecto de nuestra vida es el espíritu de celo y de entusiasmo por el advenimiento del reino de Nuestro Señor en la tierra. Es ese algo de ardiente, de militante, que caracteriza la conducta de los Padres de la Asunción y que lo han formulado en sus reglamentos con este lema: «Adveniat Regnum tuum», convertido en su divisa. En nosotras, este espíritu de celo se debe manifestar por un esfuerzo de amor a Nuestro Señor, de entrega y de celo por las almas, puesto que estamos consagradas a su servicio, y por este amor filial a la Iglesia que hará todo lo que se refiere a la Iglesia, todo lo que le afecta, todo lo que le interesa, todo lo que le corresponde sea para nosotras objeto de un pensamiento, de un deseo, de una oración, el motivo de una preocupación continua y constante.

Sabéis que esto es lo que siempre se ha tratado de inculcar en vuestras almas y lo que interesa que hagáis crecer cada día: el deseo de la vida cristiana en sí mismas y en los demás, el deseo de la perfección en sí y en los otros, el deseo, en una palabra, de todo lo que puede

dar mayor gloria a Nuestro Señor Jesucristo y extender su reino en las almas.

Esto me lleva a un tercer aspecto de nuestra vida que, quizá nos preocupaba más en los comienzos de nuestro Instituto, cuando éramos muy pocas: la vida de Jesucristo reproducida en nosotras. Ciertamente, esta imitación de la vida de Nuestro Señor es necesaria para elevarse por encima de la vida natural, para trabajar en la salvación de las almas, en la extensión del reino de Nuestro Señor Jesucristo; pero, como Religiosas de la Asunción, debemos formarnos más especialmente según este divino modelo. Distintos puntos de la Regla lo recomiendan y dicen que el mejor medio de garantizar completa seguridad a nuestro Instituto, es aplicarse constantemente a no decir nada ni hacer nada que no pudiese decir o hacer Nuestro Señor o su Santísima Madre.

Hay una manera de ser, de actuar, de pensar en Nuestro Señor, como Él actuaba, cuando estaba en el mundo. Debéis imaginaros, con frecuencia, lo que Él era respecto a la salud y a la enfermedad, respecto a la vida y respecto a la muerte, respecto a los amigos y a los enemigos, respecto a los parientes y al prójimo, en una palabra, respecto a todas las criaturas, a todas las cosas, a todas las personas que podáis imaginar, para configuraros con ese ejemplo, para que lo realicéis en vosotras mismas del modo más perfecto y llevéis así una vida verdaderamente evangélica.

Es verdad que todos los cristianos tienen que esforzarse en copiar a Nuestro Señor, puesto que para entrar en el cielo, se nos tiene que encontrar semejantes a este divino modelo, y que el Padre celestial no predestinará a la gloria sino a aquellos en quienes encuentre los rasgos de su divino Hijo; pero, para conservar este espíritu de fe y de sencillez, de amor a Nuestro Señor, que es hoy la característica distintiva de nuestro Instituto, tenemos un deber especial de estudiar este divino modelo, de copiarlo y de continuar, en lo posible, su vida en la tierra; - continuarla en su celo, en sus obras, en sus pensamientos, en toda la conducta de su vida, de modo que, cuando hagamos una buena obra, nuestra intención sea continuar las excelentes obras que

Nuestro Señor ha hecho en circunstancias semejantes; - y no hacer nada que su humanidad santa no hubiese podido hacer durante su vida mortal.

Rezamos el Oficio divino. Es seguro que Nuestro Señor y la Santísima Virgen rezaron a menudo estos mismos salmos que nosotras rezamos, puesto que la santa Iglesia pone en nuestros labios estas palabras: «Domine, in unione illius divinae intentionis qua ipse in terris laudes Deo persolvisti, has tibi horas persolvo». «Señor, te ofrezco estas oraciones en unión a la intención divina con la que Tú mismo has cantado las alabanzas de Dios en la tierra». Es una intención magnífica para el Oficio el situarse en el seguimiento de Nuestro Señor. Podemos conducirnos así en todas nuestras actuaciones; puesto que Jesús vive en nosotras por la gracia, vive en nosotras por la sagrada comunión; Él es quien da vida a nuestras oraciones, a nuestras obras.

Así como el cuerpo y el alma santa de Nuestro Señor estaban bajo la plena dependencia de la segunda persona de la Santísima Trinidad, - puesto que no había persona humana en Cristo, sino sólo la divina; - así nos debemos situar nosotras por la fe, por la gracia y por el amor, bajo la dependencia de Nuestro Señor, que es nuestra cabeza y cuyos miembros somos nosotros; bajo la dependencia de su Espíritu Santo, que habita en nosotros, como en templos suyos; y actuar bajo esta acción divina en las obras de celo, en la práctica de las virtudes, en todas las acciones de nuestra vida, que nunca haremos perfectamente más que si nos mantenemos bajo la influencia de este jefe divino. Somos sus miembros, y somos algo de ese cuerpo vivo, que es la Iglesia de Jesucristo en la tierra y que, transformada, transfigurada, debe permanecerle unida en la eternidad.

Pero para llegar a la unión con Nuestro Señor, hay primero que esforzarse en seguirle en la dependencia y en la humillación. Esto es lo que quiero deciros siempre: todo el mundo quiere empezar por la unión, como las personas que, al construir, quisieran empezar por el tejado! Para llegar a la unión, es absolutamente preciso comenzar por la imitación; hay que penetrarse del santo Evangelio, de los pensa-

mientos de Nuestro Señor, de sus palabras, de sus obras; reproducirlos lo más posible en nuestra conducta.

Querer tender a la unión sin pasar por la imitación, es pura ilusión. Se podrá empezar por un acto de unión; pero sería prescindir de los medios para permanecer en la unión, si no se examina con atención el santo Evangelio para ver cómo Nuestro Señor practicó la humildad, la obediencia, la pobreza, la sencillez; cómo procedió en su nacimiento, en su vida oculta, en su vida pública. Por un acto de amor, uno se coloca en ella un instante y eso está muy bien; pero no os podéis mantener, si no tenéis los alimentos necesarios, que son los pensamientos y la práctica de la imitación, deducidos de la vida de Nuestro Señor y de las palabras del Evangelio.

Dicho esto de la unión, se puede comprender mejor el espíritu propio de nuestra Congregación, la tendencia a la perfección que le caracteriza.

Al fijarme en estos tres puntos de vista, creo haber resumido en qué consiste el especial esfuerzo de una Religiosa de la Asunción: esfuerzo para elevarse sin cesar por encima de las cosas de la tierra; esfuerzo para mantenerse en el espíritu de celo y en el amor a la Iglesia; esfuerzo, en fin, para seguir a Jesús, para buscar siempre en el santo Evangelio la regla y el modelo de nuestros pensamientos, de nuestras palabras, de nuestras acciones, a fin de unirnos cada vez más a Nuestro Señor y dejarle que viva en nosotras, que actúe en nosotras, que reine en nosotras mucho más que nosotras mismas.

\* \* \*

## Sobre el misterio de la Asunción - 19 de agosto de 1881.

### • *Situación histórica*

*Esta meditación sobre el misterio de la Asunción puede compendiar la serie de Capítulos escogidos que sirven para ofrecer, de forma especial, el espíritu de la Asunción. Entre otros muchos Capítulos sobre la Virgen María, este es el único que lleva ese título.*

*En la «Introducción a las Constituciones», el Padre Combalot habla del misterio de la Asunción. La Madre María Eugenia lo evocaba en sus primeras notas y en su correspondencia. Así, en una carta al Padre d'Alzon, el 15 de agosto de 1846 (Vol. IX - nº 1757).*

*... «Trataba yo de esforzarme en contemplar los sentimientos de Nuestro Señor y los de la Stma. Virgen en el misterio de la Asunción... Estaba sobre todo, impresionada al observar que la humildad extrema de la Stma. Virgen, la humildad de su amor, constituía el fundamento de lo que realmente atraía a Jesucristo hacia ella. Me acordé de su vida tan oculta, tan obediente, tan entregada, con ese amor desinteresado, que se eclipsaba siempre ante Jesús y al que no perturbaban las cosas, ni siquiera las más difíciles que se narran en el Evangelio, porque ella no se contemplaba a sí misma y, puesto que, desprendida de sí, amaba, sin pensar nada más que en Jesucristo... Me parecía que no existe nadie más que Dios a quien se pueda amar así... En fin, la contemplación de esta alma sosegada, humilde, absorta en Dios, sencilla y desprendida me ha hecho más bien que cualquier [sic] otra oración».*

*El 14 de diciembre de 1873, dio una Instrucción sobre «el espíritu de la Asunción»; la serie de los catorce Capítulos consagrados a esta materia, pertenece al año 1878, el del 24 de febrero presenta a María en el «misterio de la Asunción, misterio de adoración».*

*En 1881, cuarenta y dos años después de la fundación, en el 40 aniversario de la primera profesión en el «naciente Instituto», se repite el tema a petición de las hermanas, «tema difícil». Sólo os diré algunas palabras; quizá puedan inspiraros devoción».*

*En realidad, las «algunas palabras» llenan diez páginas del volumen de los Capítulos impresos. Ninguna buella manuscrita de este texto existe en los Archivos, pero el texto impreso señala: «Revisado y corregido por Nuestra Madre».*

#### • **Sumario del Capítulo**

- *Esta meditación parte de la contemplación de Nuestro Señor en su vida mortal, humanidad unida al Verbo de Dios, después la Madre María Eugenia se detiene en la Santísima Virgen y su unión con Dios. En la Virgen encontramos nuestro modelo.*
- *El misterio de la Asunción es la realización del inmenso deseo de María de ver a Dios. «Este amor fue el que hizo desprenderse el fruto completamente maduro».*
- *Consecuencias que debemos sacar: un deseo muy puro de conocer a Dios, de amarle y de verle.*
- *Una reflexión sobre la muerte «de las Hermanas más santas» (21), que imitaban a María, quien se dirigía hacia Dios con un deseo siempre en aumento.*
- *Y un último consejo: Para ser hijas, tratemos de anhelar a Dios, de amarle,... con el único deseo de que se cumpla en nosotras la voluntad de Dios... perfectamente... plenamente.*

(21) En el mes de agosto de 1881, ya contábamos con 74 hermanas muertas desde la fundación.

Hijas mías,

Me habéis pedido que os hable sobre el misterio de la Asunción. Es un tema difícil. No os expondré más que algunas ideas; quizá puedan inspiraros devoción.

Sabéis que cuando Nuestro Señor vivía en la tierra, estaba de paso, pero al mismo tiempo gozaba de la bienaventuranza. Como segunda persona de la Trinidad, como Hijo de Dios, estaba asentado en lo más alto de los cielos, y gobernaba el mundo, reinaba en la beatitud de la divinidad; pero su humanidad, personalmente unida al Verbo de Dios, tenía naturalmente y por derecho propio la visión beatífica. Sin embargo, esta visión estaba de tal modo oculta en el alma, le impedía de tal modo desbordarse sobre su humanidad, que así pudo sufrir, sentir angustia y abandono, pasar su vida en un estado muy doloroso, humilde y abatido, y ocultar a la vida de los hombres la gloria de la humanidad. El día de la Transfiguración, dejó emanar su gloria un instante y manifestarse a los hombres; pero fuera de eso, ha ocultado en su interior la gloria magnífica que le era propia, por derecho, a su alma y a su cuerpo.

Algo parecido le ocurrió a la Santísima Virgen: tenía, especialmente después del misterio de la Encarnación, una visión de Dios muy por encima de la visión de los Santos. Era una visión íntima y admirable, que sobrepasaba todas las luces concedidas a los Santos en el éxtasis. Al mismo tiempo tuvo sufrimientos sin par, por lo que ha podido ser llamada la reina de los mártires; ha padecido más que todos los mártires, ya cuando se acercaba la Pasión, ya en el Calvario, donde vio sufrir y morir a Nuestro Señor. Fue Dios quien, por un milagro, ocultó el gozo que debía infundir en ella esta visión de Dios tan perfecta y tan santa. Sin embargo, esta visión existía, estaba en lo que san Francisco de Sales llama el ápice más sutil del alma; en la parte más elevada de su alma, María veía a Dios de una manera admirable, estaba absolutamente unida a Él.

Esto es lo que tenemos que imitar en la Santísima Virgen. La parte inferior de nuestra alma puede estar llena de sufrimientos, de confusión, de penas, de tedio. Nuestro Señor tuvo a bien aceptar el tedio

para sí mismo: «Coepit pavere et toedere et maestus esse» (22), como se dijo de su agonía. Nosotras podemos experimentar todas esas cosas; pero tenemos que tratar, imitando a la Santísima Virgen, criatura pura, de tener siempre, en la parte más elevada de nuestra alma, la visión de Dios, la unión con Dios: he aquí nuestra tarea.

La Santísima Virgen tenía un deseo inmenso de ver a Dios, que fue la causa de su muerte, de su Asunción gloriosa. Hay, también aquí, un misterio, porque poseía, por una unión íntima, por una visión maravillosa, a ese Dios que ella deseaba. Pero, aunque poseyó a Dios en el ápice más sutil de su alma, no lo poseía completamente. Todas sus facultades, su alma, su mismo cuerpo no estaban penetrados por Él como debieron estarlo después de su muerte. Era esta unión suprema la que ella deseaba; pues poseer a Dios es una cosa que el hombre no debe jamás de sacrificar. Estar unido a Dios, no solamente en lo más sutil de su alma, sino poseerlo de la manera más perfecta, más completa, de modo que nuestro ser esté penetrado de Dios; este es el bien magnífico que se nos ha prometido y que debemos desear continuamente.

La Santísima Virgen deseaba ese bien infinito: era preciso que llenara todo su ser; y porque este deseo era de tal manera ardiente, que se difundía por todo lo que ella era, de forma que su cuerpo mismo se llenó de esta plenitud, y Dios quiso que fuera elevada al cielo. Este cuerpo purísimo ya estaba capacitado para la gloria, mientras que los nuestros, por causa de la imperfección y de la impureza original, experimentarían una larga transformación antes de poseer a Dios y verle en la eternidad.

Para la Santísima Virgen, este deseo tenía como principio el conocimiento completo que poseía de Dios. ¿Quién, entre las criaturas, ha conocido a Dios como ella? Dios, ser perfecto, infinito, soberano por esencia, en quien las perfecciones son el ser. La santidad, la belleza, la justicia, la fortaleza, el poder, toda perfección en fin, es el ser mismo de Dios. Dios está por encima de todo nuestro enten-

(22) Mt. 26, 38 y Mc. 14, 34.

dimiento. Casi siempre le nombramos por medio de negaciones. Decimos que es infinito, es decir que no tiene fin, que es inconmensurable, es decir que no se le puede medir, que es incompreensible, que no puede ser comprendido. Todos estos títulos, todas estas afirmaciones con las cuales le nombramos, nos hacen comprender que está por encima y más allá de todo lo que podemos concebir.

La Santísima Virgen, en este aspecto, tenía luces que aumentaban sus deseos. Cuanto más deseaba, más conocía y cuanto más aumentaba su conocimiento, más deseaba gozar de Él. Deseaba ver a Dios, deseaba también otra visión, ver a su divino Hijo, su infinito bien; deseaba verle, estar cerca de Él, y esto con un amor inmenso. ¿Cuál es el principio del deseo? Es el conocimiento, pero también es el amor. ¿Quién podría hablar del amor de María a Dios? ¿Quién podría hablar del amor de María a Jesús? ¡Era tan elevado, tan ardiente, tan por encima del amor de todos los Serafines, de todos los Querubines, este amor que alegra el cielo! Este amor es el que ha hecho caer del árbol el fruto completamente maduro, que ha separado el alma del cuerpo de la Santísima Virgen, y que los ha unido el uno al otro, por el deseo de Jesucristo, de reclamar a su Madre para compartir su trono en el cielo. He aquí lo que descubrimos en el misterio de la Asunción.

Pero hay consecuencias que podemos sacar de todo esto: y lo primero es un deseo muy puro de conocer a Dios y de amarle. Debemos tratar de conocerle y de amarle siempre más, con un amor cada vez más ardiente y con un deseo más puro. No creo que, a pesar de sus grandes sufrimientos, la Santísima Virgen se haya quejado jamás. Su vida, cuando estaba en el mundo, era una vida de unión con Dios y de caridad hacia el prójimo. Que eso mismo sea para nosotras: que nunca en las cosas que nos abruman, en las espinas que encontramos, nos apartemos para evitar la cruz, que la hallaremos siempre en un lado o en otro. Como discípulos de Jesucristo, no debemos desear vivir sin cruz, no debemos desear carecer de espinas. Debemos vivir con alegría, con buen humor, contentas con nuestras espinas. Es necesario que le pongamos buena cara; es preciso, como dice san

Francisco de Sales, ofrecer a las picaduras de las abejas un rostro apacible, aunque ello no sea agradable.

Las cruces, las espinas, las penas de este mundo no son agradables; pero si establecemos con ellas una alianza, si, como san Andrés, las llamamos buenas cruces, porque nos llevan al cielo, si estimamos su precio, llegarán a sernos queridas y nos proporcionarán una gran paz. Como os digo con frecuencia, no nos preocuparán, nos ejercitarán y nos santificarán. «Las cruces no están hechas para preocuparnos, sino para ejercitarnos»; esto lo dice el cardenal de Bérulle que he citado a menudo, «porque, dice, el Hijo de Dios, que se nos ha dado, tiene que ser la única y verdadera ocupación de nuestra alma». Y si las cruces no nos inquietan, tendremos, como María, el alma libre para desear a Dios por Él mismo, por sus perfecciones infinitas y para amarle sobre todas las cosas. El deseo de amar aumenta el amor; el deseo de amar busca el conocimiento y nos lo da.

Así nuestro deseo de ver a Dios no se dará en nuestros sufrimientos, en lo que nos ocurra, sino en la forma en que acontece en Dios; en lo que Él es; en su bondad, su belleza, su perfección; en Jesucristo, Hijo de la Santísima Virgen, nuestro Esposo.

Con frecuencia el deseo de la muerte no es bueno, porque, dice san Francisco de Sales, con una cierta ironía, que es preciso ser un alma muy perfecta para desear morir sólo por ver a Dios; con frecuencia hay con él otro motivo que echa a perder todo ante Dios. Tal ocurre cuando la vida causa tedio y cuesta llevar la cruz, por lo que se desea morir. Es una experiencia muy particular que yo he observado. Todas aquéllas que han deseado la muerte con tal impaciencia, han obrado como en la fábula de la Fontaine: después de llamar a la muerte, cuando llegaba, de buena gana le habrían pedido que les cargara otra vez la cruz sobre sus hombros. Esas personas no son las más desprendidas, las más alegres, las más perfectas en la enfermedad. Ese deseo de morir no es un deseo que se deba cultivar, a menos que no se haya llegado a una gran santidad, lo que apenas se puede pensar de uno mismo.

Hasta ahora he visto a las hermanas más santas, completamente abandonadas en las manos de Dios, prestas a vivir y prestas a morir. Si Dios manifiesta su voluntad, su alma la recibe sin resistencia. Una de estas hermanas me decía en su lecho de muerte: «Si Dios me llama, ¿no puedo desear ir hacia Él?». Es el impulso de un alma a la que Dios invita, y que responde con alegre prontitud. Esta clase de deseo es excelente. Pero, cuando Dios no quiere, cuando no da ningún testimonio de su voluntad, cuando todavía no se ha recibido la Extremaunción, ese deseo no es el de la Santísima Virgen, tan sumisa, de tal modo sumisa, que, a pesar del imperio soberano que tenía sobre su Hijo y el deseo ardiente que Él mismo tendría de colocarla en el trono que la había preparado, de presentar a su Madre a la ciudad celeste, de coronarla como reina de la Iglesia militante, durante todo el tiempo en que la Iglesia de este mundo combata aquí abajo, como reina de la Iglesia triunfante en la eternidad, sin embargo la dejó algunos años en el mundo.

No creo que ella le pidiera a Dios que abreviara su vida; esperó la hora señalada por su voluntad, y dijo, como lo había dicho en la Anunciación: «Yo soy la esclava del Señor» (23). Sin embargo, toda su alma aspiraba al cielo por un deseo lleno de amor, un amor que siempre iba creciendo, una visión más completa de las perfecciones divinas, de lo que es Dios, de lo que es Jesucristo para la criatura, para el alma redimida, porque la Santísima Virgen también fue redimida en el momento de su Inmaculada Concepción. Ella aspiraba a la unión con su divino Hijo con todas las fuerzas de su alma, y este deseo iba siempre creciendo. Desde su nacimiento, el amor de la Santísima Virgen sobrepasaba con mucho nuestro insignificante amor. Ciertamente podemos decirlo, puesto que la Iglesia le aplica esta frase: «Fundamenta ejus in montibus sanctis» (24); es decir, que ella comenzaba allí donde terminaba la perfección de los Santos. Su amor, cuando era muy pequeña, en los brazos de su madre, sobrepasaba ya nuestro insignificante amor. Pensad a qué grado de amor, siempre creciente, habría llegado en el momento de su Asunción gloriosa.

(23) Lc. 1, 38.

(24) Sal. 86, 1.

Para ser sus hijas, esforcémonos en desear a Dios, en conocer a Dios, en amarle, en conocer a Jesucristo, en desear amarle con un amor cada vez más paciente, cada vez más sumiso, dispuestas a sufrir por amor a Dios y unidas a su voluntad, sin cansarnos de sufrir, deseando solamente que lo que Dios dispone se cumpla en nosotras, y tratando de realizarlo tan perfectamente, tan cumplidamente en esta vida, que obtengamos tan pronto como muramos la gloria que esperamos para nuestra alma, y que asegure la que nuestro cuerpo debe gozar después de la resurrección final.

\* \* \*

**Sobre Adviento.  
Pedir el advenimiento del Reino de Jesucristo.  
3 de diciembre de 1882.**

• *Situación histórica:*

*El Padre d'Alzon murió el 21 de noviembre de 1880. El país vivía en una atmósfera anticlerical. El día 5, los Padres de la Asunción fueron expulsados por la policía, de las comunidades de París y sus alrededores. En Nîmes, la expulsión, prevista para el día 7, tuvo lugar después de la muerte del Padre d'Alzon.*

*El 28 de marzo de 1882, la ley «Jules Ferry» convierte la enseñanza primaria en obligatoria, gratuita y laica.*

*Desde hace años se teme por las congregaciones femeninas y la Madre María Eugenia mira más allá de las fronteras, pensando en el futuro, al mismo tiempo que se preocupa de la preparación de las hermanas en relación a la enseñanza pública.*

*De esta forma en 1882 piensa en la fundación de San Sebastián y en la Sidmouth, así como en la apertura, en la calle Lübeck, del externado, inaugurado anteriormente, en París, en 1877. La casa fue fundada bajo el patrocinio de Nuestra Señora de la Salud (cfr. presentación del Capítulo del 14 del 12 de 1873). La superiora fue la Madre M. Catherine, y la bendición de la capilla se recuerda en el Capítulo del 10 de noviembre de 1882.*

*El 18 de abril, murió la Madre M. Thérèse (Joséphine de Commarque), la primera llamada por Dios entre las Hermanas de 1839. La Madre María Eugenia la recuerda en el Capítulo del 21 de abril.*

*El 9 de junio, en una corta alocución, recomienda rezar...*

*«... por la Iglesia, amenazada por grandes peligros, para que Dios aparte y quebrante los instrumentos de persecución, que en este momento tienen la fuerza, y que no permita que lleguen a destruir todo lo que ahora es útil, para la salvación de las almas en Francia».*

*En agosto, el 5º Capítulo General de la Congregación tiene lugar en Auteuil, precedido de un retiro predicado por el P. Picard, en el que celebran sus 25 años como confesor de la Comunidad. Amenazas políticas hacen temer que algún día no se podrá disfrutar de la libertad para volver a verse. La Madre María Eugenia escribe en la Carta de convocatoria:*

*«Esta reunión puede ofrecer el ritual de los días que preceden a la persecución, y más que nunca, es preciso ahora tener ideas y corazones generosos, almas llenas de fe».*

*Después del Capítulo General, el 27 de agosto, da una instrucción sobre la caridad fraterna en diversas circunstancias, y precisa:*

*«Sin embargo, hay pecados públicos hacia los que es preciso sentir horror, es decir, los que se cometen para pervertir a la juventud y desarraigar a los niños de toda enseñanza religiosa. Son cosas... que no se condenarán nunca suficientemente».*

*En esta atmósfera, los Capítulos del 1 y del 8 de setiembre están centrados en la luz y en las tinieblas. El primero: «Correspondencia fiel a las luces que Dios nos da», es un Capítulo importante sobre san Agustín; el segundo: «Pedir a Dios que separe en nuestras almas la luz de las tinieblas», contiene alusiones muy precisas a los tiempos en que se escribieron.*

*El 27 de octubre, trata del «primero de los derechos de Dios, el derecho al amor»...*

*Y el del 3 de diciembre, segundo domingo de Adviento, ofrece una invitación apremiante para pedir el advenimiento del reino de Jesucristo. Invitación de todos los tiempos, enraizada en un momento preciso de la historia, y de la que se saca una fuerza nueva. Sin tener en cuenta la del título, la palabra reino se emplea veinticinco veces: veintidós veces como nombre, tres veces como verbo.*

#### • **Sumario del Capítulo**

*«En este tiempo es cuando más debemos pedir a Dios que venga su reino, porque su reino no está todavía realizado en ninguno de los tres órdenes que quisiera indicarnos».*

- El reino social de Dios.*
- El reino de Nuestro Señor en nosotros.*
- El reino social que debe conseguirse a través de la educación.*

#### • **Una observación: Las Conferencias del P. d'Alzon en Nîmes.**

*Durante los acontecimientos de 1870-71 (cfr. Introducción de los Capítulos de 1878), en el priorato de Nîmes, el P. d'Alzon dio a las Hermanas de la Asunción, cincuenta y tres conferencias espirituales - (desde el 5 de noviembre de 1870 al 20 de marzo de 1871) -, sobre el «espíritu de la Asunción». La Madre María Eugenia asistió, con el noviciado de París, refugiado inicialmente en Suiza por razones de la guerra franco-prusiana.*

*La 4ª Conferencia del 8 de noviembre de 1870, tiene como título: «El advenimiento del reino de Nuestro Señor», se conserva - recuperada por las hermanas - en un largo texto de diez y nueve páginas manuscritas, que es interesante leerlas con atención.*

*La introducción parte del prólogo de la regla de san Agustín, cuyo comentario se encuentra en la divisa: «Adveniat regnum tuum».*

*Se proponen dos grandes ideas:*

- *¿Qué debe ser el reino de Jesucristo para vosotras?*
  - *¿Cómo debemos procurar el advenimiento del reino de Jesucristo?*
- *El reino consiste en la proclamación de los derechos universales de Dios y en el reinado de Jesucristo en las almas.*
- *Los medios de su advenimiento: la igualdad entre los ricos y los pobres (alusión clara a la obra de las hermanas en los monasterios, transformados en ambulatorios durante la guerra), la acción por la educación, Dios en la sociedad, Jesucristo revelado a las almas, el trabajo para la Iglesia.*

*Este texto trata pues, a su modo, los puntos principales abordados por la Madre María Eugenia, 12 años antes, en el Capítulo de 1882, cuando la situación política y religiosa se agravó.*

*Al término de sus Conferencias, el P. d'Alzon escribía: «Si he proporcionado algo, también he recibido con creces. Esta comunicación recíproca es la que constituye la fuente de cuanto he podido decir».*

*¿Quién ha inspirado a quién? Una vez más, reconocemos «intuiciones comunes y una influencia recíproca». (Cfr. E.A. nº 4, pag. 73) (Texto francés).*

\* \* \*

Mis queridas Hijas,

Empezemos el tiempo de Adviento. Toda la literatura romana está llena de llamadas, de deseos hacia el Mesías y de deseos de su llegada. Este tiempo ¿es sólo la conmemoración, el recuerdo de esta larga espera de cuatro mil años, durante la cual los patriarcas y los profetas clamaban con ardientes deseos, por Aquél que debía dar al mundo una ley perfecta, una ley de amor? Sí, es esto, pero no lo es todo. Cuando la Iglesia pone en nuestros labios esas llamadas a Jesucristo, no es únicamente para recordarnos los clamores de los antiguos tiempos, sino más bien para estimularnos a desear el advenimiento de Jesucristo en nosotros. Ya conocéis esta frase tan querida en la Asunción, esta petición del padrenuestro que repetimos todos los días: «Adveniat regnum tuum». Es lógico que en este tiempo pidamos a Dios que su reino llegue; pues el reino de Nuestro Señor no está completo en ninguno de los tres órdenes que quisiera explicaros.

Hablaré primero de su reino social. Quizá, el reino de Dios no ha sido nunca tan desconocido como ahora; y a pesar de todo no es momento de desánimo. Mirad a los Santos: a pesar de las dificultades de los tiempos en que vivieron, nunca se desanimaron; nunca se cansaron de pedir que llegara el reino de Dios, que su nombre fuera respetado, que fuera adorado, que el Evangelio triunfara en el mundo. Todos los días en el Oficio repetimos: «Adoremus y prosternémonos ante el Señor, porque Él es nuestro Dios». Ahora bien, a través de esta invitación, no somos nosotras las únicas que nos prosternamos a los pies de Nuestro Señor, es toda la Iglesia, son todas las criaturas; y no hay que cesar nunca de pedir este reino universal y social del Señor, por triste que sea la vida exterior.

Cuando Inglaterra se encontraba completamente doblegada por el yugo del protestantismo, cuando apenas quedaban algunas iglesias, algunos católicos dispersos, algunos sacerdotes obligados a esconderse para celebrar el santo sacrificio, el culto a Dios estaba ciertamente muy disminuido en ese país. Y, sin embargo, esos pocos cristianos fervorosos, no cesaban de pedir que volviera la verdadera fe a esa isla de Santos, y en efecto lo obtuvieron. Pues, aunque la fe no

reina completamente, sin embargo, ¡cómo se ha desarrollado! ¡Cuántas iglesias hay ahora, cuántos monasterios, cuántos sacerdotes, cuántos religiosos! Son numerosas las conversiones, y todo esto es fruto de la oración.

Durante las persecuciones de los primeros siglos, la Iglesia parecía anegada en sangre; sin embargo, todos los mártires pedían y esperaban la conversión del mundo pagano y el triunfo de la Iglesia.

No hay, pues, que cansarse de pedir el reino de Dios, incluso en un tiempo como el nuestro, en el que la negación insolente, parece alcanzar hasta Dios mismo y decirle: «No existes, no te reconozco, me pondré en tu lugar». Parece que oímos de nuevo aquello que el Espíritu Santo puso en labios de David: «Dice en su corazón el insensato: ¡No hay Dios!» (25). Estos hombres impíos, no lo dicen solamente en su corazón; lo dicen en alta voz, lo dicen en sus leyes, lo dicen en sus instituciones. Pero estos hombres negativos y orgullosos, que niegan la existencia de Dios, pasarán, y como dice Nuestro Señor en el Evangelio: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (26). Conviene, pues que las almas fieles pidan a Dios que se establezca su reino en este mundo, que le rechaza. Conviene recabar este reino con ardientes deseos y decir a Nuestro Señor: «Ven con tu mansedumbre que convierte, con tu poder que subyuga; ven con el atractivo de tu sabiduría y de tu perfección; ven con el esplendor de tu doctrina y de tu verdad; ven, ilumina el mundo; ven y sálvanos». Y durante este tiempo le repetimos con frecuencia: «Ven, Señor Jesús, y sálvanos».

Debemos pedir esta venida de Nuestro Señor, desde otro punto de vista, nosotras que somos sus siervas y que hacemos profesión sincera de reconocerle como nuestro único Maestro. Mirad, Hermanas, ciertamente, Nuestro Señor reina en nosotras, y todas decimos, y de todo corazón que Él es nuestro Dios, nuestro Señor y nuestro Rey. Pero su reino ¿está totalmente establecido en nosotras? ¿Quién no

(25) Sal. 13, 1.

(26) Mt. 24, 35.

siente que, en sí misma, hay todavía algo que debemos incorporar a este reino de Nuestro Señor? Hay pues, que suplicarle que sea, para nosotras, cada vez más y más el Maestro, el Salvador y el Esposo. Es preciso que en todo lo que hagamos, al enseñar, al dirigir, al ejercer nuestra influencia, en todo lo que intervenimos, que sea Él quien se manifieste, y que en todos nuestros esfuerzos no haya ni uno solo que no le pertenezca. Tenemos que pedirle que realicemos cada vez más aquello que dijo san Juan Bautista: «Es preciso que Él crezca y que yo disminuya» (27). Que sea Él a quien ven en nosotras; que Él esté presente en todo y siempre.

Toda la vida religiosa es esto: disminuir de modo que crezca y aumente en el alma la vida de Jesucristo. Cuando tenemos relación con un alma religiosa, que al verla podemos decir que no encontramos en ella nada suyo, que en ella apenas se percibe la criatura, que ya no se distingue su personalidad, sino que lo que se siente, lo que se ve, es Jesucristo que en ella vive, reina, actúa, trabaja y sirve, - pues aquí hablo para todas, y en los empleos más humildes puede ser Jesucristo quien sirve; - cuando vemos esto, digo, nos sentimos edificadas. A esto es a lo que debemos tender; pero como no es siempre lo que experimentamos, cada cual debe pedir con ardor el reino pleno de Nuestro Señor para sí, y que se renueve su venida.

Hay también un reino social de Nuestro Señor Jesucristo que debemos procurar y que debemos pedir. Realizamos obras de celo, nos ocupamos de las niñas. ¿Creéis que lo más importante para nosotras, es que aprueben los exámenes, que sepan más o menos la geografía o la historia? No es esto. Es configurar en ellas el reino de Nuestro Señor, es obtener en ellas el advenimiento de Nuestro Señor, y que, por medio de la educación, consigamos esa gran maravilla de una gran familia cristiana, de una familia en la cual el espíritu cristiano domine de tal modo que los hijos, desde su nacimiento, estén penetrados de todo lo que hará de ellos verdaderos cristianos.

(27) Jn. 3, 30.

Si por la educación conseguimos formar primero hijas cristianas, después mujeres y familias cristianas, ¿no habremos contribuido con ello al reino social de Jesucristo? Pues en fin, estas niñas serán como raíces de las cuales saldrán los tallos de las familias cristianas; y de estas familias pueden salir otras. Y si estas generaciones proceden de nuestra enseñanza, habremos trabajado verdaderamente por implantar el reino de Jesucristo en la sociedad.

Esto también hay que pedirlo, pues somos muy poca cosa para realizar la obra de Dios. Hay que rezar por estas almas, por estas familias, por estas niñas. Cuando pedimos con fe, con esperanza, el reino de Jesucristo para la Iglesia, es un bien que no alcanzamos directamente; lo conseguimos en Jesucristo, pues es Él quien consigue todas las cosas, nosotras no podemos hacer nada. Pero cuando pedimos que el reino de Dios sea perfecto, para nuestra propia santificación, para nuestras casas; cuando pedimos para estas niñas, que han estado en nuestras casas y en quienes hemos instaurado el reino de Nuestro Señor, que lleven a sus familias esta pureza de fe, estos principios fundamentales del cristianismo, pedimos entonces cosas que nos atañen; podemos trabajar en ello con gran ardor, y su llama resplandecerá en nosotras.

Tratemos de adquirir durante este Adviento un gran fervor de deseos, de fe, de oración. Este ardor penetrará en nuestras acciones y las hará tanto más eficaces, cuanto mayor sea nuestro deseo de alcanzar este reino.

Es preciso que se sienta que entre nosotras y las niñas, entre las niñas y sus familias, ha habido una criatura de la que Dios se ha apropiado, que la ha hecho suya, en la que ha establecido su reino tan plenamente que, a través de ella, ha podido manifestarse al alma de esas jóvenes, quienes, a su vez, deben manifestarlo en su familia.

## Sobre el aniversario de la fundación - 2 de mayo de 1884.

### • *Situación histórica*

*1884, 46 aniversario de la fundación, año durante el cual la Madre María Eugenia insiste, con frecuencia, en sus instrucciones de Capítulo, sobre los comienzos de la Congregación, es también el año de la fundación de Lourdes, 26 años después de las apariciones. El proyecto existía desde hacía 10 años; entonces se trataba, como había comunicado la Madre María Eugenia al Padre d'Alzon, «de una casa de retiro y de oración, ... fruto de la obra de las peregrinaciones, que es uno de los apostolados de los Padres de su Congregación». Finalmente, las circunstancias orientan hacia la recuperación del internado de las Benedictinas, junto al monasterio que ellas habían construido en frente de la gruta. La influencia de la Madre Thérèse Emmanuel fue importante para esta fundación.*

*En el recreo, con motivo de la fiesta de santa Catalina, señalan los Anales, que la Madre María Eugenia habla de los comienzos de la Asunción y de las primeras hermanas que hemos perdido (28). El 2 de mayo, evoca, para las hermanas, el recuerdo de «esos primeros días», recordando: «todo lo que Nuestro Señor ha hecho por nosotras».*

*Este Capítulo del 2 de mayo se complementa con el del 9 de mayo sobre la «devoción a la Santísima Virgen»: «Si pertenecemos a Nuestro Señor, es con María, por María y como hijas de María», y el del 16 de mayo sobre «la pureza del amor a la Santísima Virgen»: «Este amor es el modelo del nuestro», así como por los dos Capítulos sobre la educación, uno del 23 de mayo y el otro del 30 de mayo de 1884.*

*En el del 13 de junio, explica la frase de san Agustín: «Del amor a Dios llevado hasta el desprecio de sí mismo», con un pasaje sobre la fundación y el fundamento de la Congregación: «No hay que creer*

(28) Cfr. P.A. nº 38, pag. 8 (Texto francés)

*que solamente son las primeras hermanas las que tienen el peso de construir esta ciudad de la Asunción... Vosotras todas, tenéis la obligación de dar ejemplo a las que os seguirán... Hay que construir sobre la piedra angular que es Jesucristo».*

*En fin, el 18 de agosto, la Madre María Eugenia recomienda a la comunidad «confiar el retiro a la protección de la Stma. Virgen». La Madre habla de la vida en comunidad y de «nuestro antiguo espíritu, el que reinaba entre nosotras en los comienzos» (29).*

#### **Textos en los Archivos:**

*De este año de 1884, el texto de varios Capítulos, recogidos de oídas en grandes hojas manuscritas, fue revisado, anotado y corregido por la Madre María Eugenia teniendo en cuenta el imprimirlos (30). Especialmente el del 2 de mayo, presenta amplias correcciones; algunos pasajes fueron rebechos totalmente.*

*Relectura y correcciones aumentan el valor del texto, en el que es fácil seguir, a través de la letra grande, de esos años, los avances y las precisiones del pensamiento.*

\* \* \*

(29) Frase en exergo en el Capítulo en el que se aprobó la Regla de vida de 1982 - y ofrecida en P.A. nº 37, pag. 27-29 (Texto francés)

(30) Serie MO 1 GA

Mis queridas Hijas,

Acabamos de celebrar el aniversario de nuestra fundación. Al recordar esos primeros días, al ver todo lo que Nuestro Señor ha hecho por nosotras, he tenido una idea que me ha impresionado y que siento necesidad de comunicarla. Quiero decir que, en nuestra obra, todo es de Jesucristo, todo pertenece a Jesucristo, todo debe ser para Jesucristo. Todo es de Jesucristo. ¿Quién pues, Hermanas, tenía conocimiento pleno de lo que seríamos, si no es el que nos ha llamado? Nadie, ni aquél que (31), en Sainte Anne d'Auray, creyó haber recibido la revelación de un designio de la Santísima Virgen para la fundación de jóvenes consagradas al misterio de la Asunción; ni aquellas que fueron las primeras llamadas, y que cada una trabajó según sus posibilidades, y cuyo mérito fue el de entregarse sin reservas a designios todavía desconocidos.

Nuestro espíritu, primero de nuestros bienes, este conjunto que todas comprendemos y que es la característica de nuestro Instituto ¿cómo se ha formado? Ante todo, Jesucristo, Rey de la eternidad, que vive en las almas y que vive en la Iglesia; la extensión de su reino dentro y fuera de nosotras; gran espíritu de oración sostenido por el Oficio divino, en donde encontramos las huellas de los Santos y las devociones de la Iglesia, y también por la adoración del Santísimo Sacramento en donde penetramos, con Nuestro Señor Jesucristo en los cuatro objetivos de su divino sacrificio; el rosario, que a lo largo del día veo con frecuencia entre vuestras manos; el viacrucis, respecto al cual muchas de vosotras sabéis encontrar tiempo para hacerlo; - además una cierta libertad de espíritu que deja a cada una la característica de la gracia; - el ardor que debe conducirnos a las virtudes, no por obligación ni con el apoyo de una minuciosa vigilancia, sino por la expansión de un corazón fiel que se adelanta a la obediencia, a la pobreza, a la humildad, a la regularidad, a la paciencia, a la mortificación para agradar a Jesucristo y para seguirle, de tal modo que, en relación a estas virtudes, no querramos ser menos de lo que son en otras Órdenes, haciendo sólo lo que puede conciliarse con nuestro trabajo y nuestra Regla.

(31) El Padre Combalot

Y ese espíritu de fraternidad, lleno de respeto y de sencillez, ese algo, que nos relaciona también con las Órdenes antiguas, la forma de educación que, de ello se desprende para nuestras alumnas, ¿quién, pues, lo veía entonces?, ¿quién sabía que rezaríamos el Oficio romano y que tendríamos el Santísimo Sacramento expuesto en tantas capillas? Todo esto ¿quién lo preveía? Sólo Nuestro Señor lo conocía; y, bajo su dirección, fue como poco a poco se fueron revelando todas estas cosas, por medio de las Reglas, a través de las costumbres, por medio de las gracias que recibíamos, a través de las hermanas que Dios nos enviaba, por medio de los consejos y por las virtudes de aquellos que Dios relacionaba con nosotras. Ahora somos nosotras las que las tenemos que conservar y desarrollar.

Esto se refiere al espíritu; pero a las personas ¿quién las ha enviado? ¿No ha sido Nuestro Señor que, por otros o directamente, por sus alicientes todopoderosos, quien las ha atraído a su servicio? Todas conocéis, Hermanas, ese atractivo que Jesucristo ejerce en lo más hondo de un alma, y cómo la colma y la atrae. Sabéis cómo hace que resplandezca ante nuestros ojos la blanca corona de la virginidad, cómo sabe inflamarnos de amor para su servicio y para su hermosura tan despreciada hoy, la hermosura de la infancia, la de su cruz, la de su santo Evangelio. Y veis cómo, también es Él quien, por su acción secreta, condujo a las almas a la obra que quería fundar. Todo es, pues, de Jesucristo.

→ Todo pertenece a Jesucristo. Nada tan necesario como colmar el alma, la inteligencia, la voluntad con esta idea de que todo pertenece a Jesucristo. Las cosas, los bienes, las casas, todo aquello que usamos en la tierra no es nuestro. Hemos comenzado en un pequeño apartamento, después en casas alquiladas; éramos unas pobres jóvenes sin un lugar en la tierra. Dios nos ha dado los conventos, los jardines, los internados, las capillas, los muebles, los objetos de arte. Todo viene de Él. ¿Es razonable que nos apeguemos a ello, que lo consideremos como nuestro? ¿No es más razonable reconocer que pertenecemos a Jesucristo y que estas cosas son también de Jesucristo? Jesucristo nos las ha dado; le pertenecen, y las usamos

gracias a Él. Y si tuviera a bien el permitir que nos las quitaran ¿debería eso perturbarnos? Manteniendo el espíritu que Él nos ha dado ¿no deberíamos considerarnos felices de ir, a cualquier parte que fuere, para volver a empezar aquello que forjó el fervor de nuestros comienzos? ☺

Pero dejo rápidamente los bienes; voy a tratar de las personas, que deben pertenecer enteramente a Jesucristo. Además, también las personas, aquéllas que se ama y de las que se ha recibido algún bien, puede parecer que nos pertenecen. Apegarse a ellas más que a los bienes y que a las cosas, puede parecer natural; pero no es eso lo que Dios espera de las almas que Él ha escogido para la extensión de su reino.

Que todo, pues, sea para Jesucristo. Hablaba, hace un momento, Hermanas, del supremo aliciente con el que Dios atrae a las almas: este supremo atractivo, es la donación que hace de sí mismo. ¡Qué donación es la de la Encarnación del Verbo! y en la Infancia ¡qué abandono, qué renuncia, qué dependencia! ¿A qué impotencia se reduce Dios, para darse a nosotros! La predicación evangélica es también un gran misterio de donación: es la verdad, es la salvación, es Jesucristo mismo el que se da, hasta darse después más plenamente en la sagrada Eucaristía, llegando a extenderse en la cruz para darnos su vida y hasta la última gota de su sangre. ¿Quién no siente que, es a través de todo esto, como Jesucristo nos ha llamado, a través de la hermosura de su don, de la hermosura de su amor, de su abandono, de su generosidad?

¿Nos habrá llamado a otra cosa? ¡Oh no! Nos ha llamado a darnos como Él se dio. Sí, en la Encarnación se da completamente a los hombres, en la vida religiosa nosotras nos damos plenamente a Él. En su infancia nos tiende los brazos, para que seamos pequeños, obedientes, entregados sin ninguna resistencia posible a sus deseos divinos. ¿Cómo será nuestra forma de vida? ¿Hará de nosotras apóstoles, llamándonos a trabajar lejos? o bien ¿víctimas, tendiéndonos en un lecho de dolor que será nuestra cruz? De todas formas, lo que espera de nosotras, es un abandono perfecto, de tal modo que,

habiéndolo recibido todo de Jesucristo, todo lo que somos sea para Jesucristo, para que Él lo utilice por Él y para Él.

Que seamos jóvenes o que no lo seamos, tratemos, con un abandono sin reservas, que nuestras almas tiendan hacia un ardiente deseo de la extensión del reino de Jesucristo, con una entrega de todas nuestras posibilidades, a ejemplo de los Apóstoles a quienes recordamos en este tiempo de resurrección. ¿Qué hacía entonces Nuestro Señor resucitado? Creó su Iglesia, acabó de formar a sus Apóstoles para el apostolado y para el martirio, pues todos fueron mártires. Les proporcionó los medios para extender la verdad, para pertenecerle sólo a Él sin reservas, para ser la encarnación de su doctrina, para llevarla a todos los extremos del mundo.

La evangelización del mundo por los Apóstoles es un milagro; es un milagro cierto, y no hay un lugar en el mundo, conocido entonces, donde un Apóstol no haya puesto su pie para llevar allí la doctrina de Jesucristo. ¿Dónde encontraban la fuerza? En la unión con su divino Maestro. Enseñaban el Evangelio y eran la expresión misma del Evangelio; Jesucristo vivía en ellos, y toda su persona era una predicación. Tratemos de expresar, en nosotras, la vida de Jesucristo; tratemos de recibir de Él lo que tenemos que dar a los demás; abandonémonos sin reservas, esforcémonos en contribuir, cada una según sus débiles medios, a extender su reino; trabajemos sin dejar de ser esposas, para ser apóstoles.

Estas ideas me han impresionado al ver lo que Dios ha hecho con tan poca cosa, y quería comunicároslo para que lo meditéis, a fin de que produzcan los frutos que Dios espera. ¿Creéis que Nuestro Señor ha hecho ese milagro para nada? Ya que, hacer algo de la nada, es un milagro; es un milagro mayor que el de curar un cuerpo enfermo que aún tiene vida. Qué milagro tan grande es, pues, hacer de la nada algo completo, santo, agradable a Dios, tal como debe ser una Congregación religiosa, de la que el Profeta debería poder decir: ¡Qué hermosas son tus tiendas, oh Israel, qué bien dispuestos están tus batallones! (Nm. 24). Tratemos de ser batallones bien dispuestos; seamos fieles, agradecidas, correspondamos al milagro, continué-

mosle. Que todos los designios de Jesucristo se cumplan por la libre voluntad de cada una de nosotras, por un amor ardiente y generoso, que se extienda a todo cuanto Nuestro Señor pueda pedirnos en orden a la perfección, obras de celo, sufrimientos quizá, pero siempre amor y generosidad.

\* \* \*

**Construir nuestra obra y nuestra enseñanza  
sobre los cimientos de la fe.  
28 de abril de 1889.**

**Los Capítulos de 1889**

*El volumen impreso de los Capítulos de 1876-77, contiene además siete Capítulos de 1888 (de los que dos son sobre la Madre Thérèse Emmanuel) y dos Capítulos del año 1889: el del 27 de enero y el del 28 de abril. Pero esto no significa que no hayan existido otros Capítulos. En efecto, los Archivos conservan un cuaderno que contiene el texto corregido de dieciocho Capítulos de 1889, entre el 13 de enero y el 29 de diciembre (32). El del 28 de abril lleva la mención: «Corregido por Nuestra Madre».*

*Estos Capítulos han sido transcritos en un volumen, según el proceso litográfico de la época; dos Capítulos mencionados en los Anales, no han sido reproducidos. En este mismo volumen podemos leer quince Capítulos de 1888, es decir, ocho más que en el volumen impreso.*

• **Situación histórica:**

*1889: año del Cincuentenario de la Congregación. El año anterior estuvo marcado por la alegría de la aprobación, en Roma, de las Constituciones, el 11 de abril de 1888, y por la fundación en esta ciudad; por la tristeza causada por la muerte de la Madre Thérèse Emmanuel en Cannes, el 3 de mayo, y por la reunión del 7º Capítulo General, para celebrar el Jubileo de los 50 años el 28 de agosto, en la fiesta de san Agustín.*

(32) Serie MO 1 C 17.

*El 2 de setiembre de 1888, después de estos acontecimientos, la Madre María Eugenia comenta, en una instrucción de Capítulo:*

*«Acabamos de recibir de Dios grandes consuelos: la unión de los corazones, la alegría de encontrarnos casi todas en este Jubileo; hablo de las Madres. Falta una, la más añorada de todas, pero su presencia se ha dejado sentir y su bendición estaba con nosotras. Eso son los consuelos... Esta gran fiesta ha sido muy hermosa... Debemos dar gracias a Dios... En la hora de la prueba hay que acordarse de la hora de la alegría; y en la hora de la alegría, hay que prepararse para la prueba... El final de toda prueba interior, es que Jesucristo vive en nosotras».*

*El 30 de abril de 1889, gran fiesta para las antiguas alumnas y para las delegaciones de diversas casas; profesión de diez hermanas: cinco de votos temporales, cinco de votos perpetuos.*

*El 28, la Madre María Eugenia habla de nuestros comienzos:*

*«En esta semana celebramos el aniversario del día en que nos reunimos por primera vez» y del «espíritu que debe presidir en lo sucesivo nuestras decisiones, nuestro trabajo, nuestras obras».*

• **Sumario del Capítulo:**

- *Ante todo, el recuerdo de la insignificancia de los comienzos y de la fe de las hermanas, en el futuro de la obra cuyo espíritu era el de «construir todo sobre la doctrina cristiana».*
- *La evocación de una experiencia común: «los inconvenientes de una enseñanza que se inspira en principios diversos»; y la evocación del principio que es la base de nuestra obra: la fe cristiana.*

– *Una reflexión sobre nuestro arraigo en la Iglesia, sobre el Oficio romano, «una de las fuentes de nuestra vida».*

– *Una mirada sobre la Iglesia de Francia y el recuerdo del Padre d'Alzon, «el mejor de nuestros amigos, un padre para nosotras».*

\* \* \*

Mis queridas Hijas:

Esta semana celebramos el aniversario del día en que nos reunimos por primera vez. Fue un grupo muy pequeño y muy débil; y una cosa que me sorprende cuando miro hacia atrás, es que, al no tener ninguna de nosotras la idea de fundar, - pues yo no lo pensaba, y la Madre Thérèse Emmanuel o Sor Marie Augustine menos que yo, - no tuvimos nunca, sin embargo, en esos comienzos, ni un instante de duda acerca del futuro de la obra que Dios nos había encomendado. Es verdad que el Padre Combalot, el único que quería fundar, y que nos había escogido como instrumentos, no dudaba ni un instante sobre el futuro: nos comunicó su confianza.

Pero hay otra razón que hoy recuerdo con gusto, porque es la idea que debe presidir siempre en el futuro nuestras decisiones, nuestros trabajos, nuestras obras.

Cuando nos reunimos, para nosotras la obra consistía únicamente en ofrecer a las niñas pensamientos conformes con los de la Iglesia, construir todo en base a la doctrina cristiana.

Todas habíamos experimentado los inconvenientes de una educación inspirada en principios versátiles, mundanos o contrarios al catolicismo. Sin embargo, no es que existiera, en la educación que recibimos, una idea preconcebida de alejar el nombre de Dios y de no querer introducir la religión como base de nuestra enseñanza; pero faltaban convicciones: se leían libros de toda índole, había profesores de cualquier creencia, y era imposible llegar a la edad que teníamos, con una cierta cultura del espíritu, - la Madre Thérèse Emmanuel lo experimentaba como yo, - sin haber comprendido el inmenso inconveniente de comportar en su inteligencia, ideas que no todas partían de la verdad.

Por eso el principio que queríamos implantar como base de nuestra obra, era el de proporcionar a las niñas solamente ideas derivadas de la fe cristiana, ideas de la Iglesia. En efecto, habríamos cesado y dejado de existir, ya no tendríamos razón de ser, si nos propusiéramos

otra cosa, si esto no fuera siempre la base sobre la que queremos construir la enseñanza de la juventud.

Comprenderéis, Hijas, que es preciso que todo lo que acceda a la inteligencia de nuestras niñas debe estar fundado en la fe, a fin de que, esta inteligencia convencida, pueda, en los días de peligro, convertirse en una fuerza, que las mantenga o que las haga retornar a la línea del deber cristiano. Al principio quisimos, y queremos todavía, aceptar las ideas y las tradiciones de la Iglesia. No pensábamos hacer innovaciones, estábamos muy lejos de ello; sólo pensábamos en sacar provecho de lo originario y de lo tradicional de la Iglesia. Es la característica que reconocen en nosotras los Religiosos y las Religiosas de las Órdenes antiguas. Tenemos su espíritu tradicional, tenemos su idiosincrasia, sus ideas, sus costumbres; por eso mismo hemos adoptado, un poco más tarde, el Oficio romano.

El Oficio romano es una de las fuentes de nuestra vida, y de la que podemos obtener este espíritu de la Iglesia. Comprendo lo que decíamos entonces: «Es imposible que Dios no esté velando sobre nuestra obra; porque es imposible, que en beneficio de tantas niñas, no vele para que su instrucción no esté alumbrada por los principios que brotan de la fe y de las enseñanzas de la Iglesia».

Este es el verdadero objeto de nuestra confianza, y, en el fondo, el Padre Combalot no deseaba otra cosa. A pesar de su fantasía, de su volubilidad y de su escasa coherencia en lo que emprendía, la viveza de su fe, su largo contacto con los más ilustres obispos de Francia, había colmado su espíritu con las ideas que acabo de expresar, exceptuando el Oficio, al que nunca nos indujo.

Cuando pedimos a Monseñor Affre permiso para rezar el Oficio romano, en primer lugar nos puso muchas dificultades y nos propuso rezar el Oficio de la diócesis de París, en francés. Le hice ver que podríamos realizar fundaciones en otras diócesis, (hubo una posibilidad de fundar en Estrasburgo, en donde él había sido nombrado obispo), ¿habría, pues, que aceptar el Oficio de cada diócesis? ¿No sería esto un gran inconveniente? Esta objeción le pareció decisiva a

Monseñor Affre, y nos dejó adoptar el Oficio divino de la Iglesia, en latín.

Y sin embargo, Monseñor Affre era un gran obispo, ciertamente no tenía ideas contrarias a la fe; pero quizá tenía algunas que no se correspondían completamente con las de la Iglesia. Las ideas galicanas habían dominado su juventud y le impedían apreciar las tradiciones de la Iglesia, lo que era originario en la Iglesia romana. A parte de esto, tenía una gran inteligencia, un gran talento, y su muerte fue admirable.

Pero los obispos que más influyeron en nosotras, fueron Monseñor Gerbet, Monseñor de Salinis, en quien el Padre Combalot tenía una confianza ilimitada, y el que tenía las ideas más claras, era el Cardenal Gousset, el hombre de la tradición, el hombre de la Iglesia por excelencia. - Tres grandes ideas dominaron la vida de Monseñor Gousset: hacer reconocer y sostener la infalibilidad del Soberano Pontífice; hacer prevalecer el dogma de la Inmaculada Concepción que todavía no había sido definido, y en fin, volver a aceptar las doctrinas de la teología moral de san Alfonso M<sup>a</sup> de Liguorio, porque juzgaba que salvaban a más almas y que eran muy necesarias en los tiempos en los que vivíamos. Después de su muerte, fueron definidos el dogma de la infalibilidad y el de la Inmaculada Concepción, y san Alfonso M<sup>a</sup> de Liguorio fue declarado doctor de la Iglesia. Ved cómo el Cardenal Gousset sentía con la Iglesia, se puede decir que era un hombre de la Iglesia de cuerpo entero.

Me acuerdo de haberle visto una vez muy enfadado con un orador que había predicado un retiro a sus sacerdotes: ¡Madre, me decía con indignación, les ha hablado de muchas devociones, pero no les ha hablado ni una sola vez del Soberano Pontífice, no les ha hablado de Roma, del centro de la Iglesia! Me sentí obligado a levantarme para suplir a lo que no dijo ¡No podía soportar que no hablara de la Sede de Pedro ni del Soberano Pontífice! La influencia de Monseñor Gousset fue buena para nosotras, tradicional y eminentemente en el sentido de lo que nosotras debemos de ser.

Hemos conocido a otros obispos con las mismas ideas, como Monseñor Gay, Monseñor Pie, a los que con frecuencia pedía consejo, y a otros también que nos han aconsejado y ayudado a caminar por esta senda que es la nuestra. Las ideas de estos hombres son las que han dominado en nosotras. El Padre Combalot era el eco: ellos eran sus amigos, pertenecía a su escuela y le aconsejaban. Incluso alguno había pensado en fundar una obra en el mismo sentido que la nuestra. Monseñor Gerbet pensó fundar una obra de diaconisas como servidoras de la Iglesia; pero era una obra demasiado abierta hacia el exterior para poderla coordinar con la vida interior, con la vida litúrgica y monástica.

Cuando, en mi última estancia en Roma, le dije al Cardenal Parocchi: «Nuestra obra es como la expresión de las ideas de tal y tal obispo», que le nombré, me respondió: «¡Ah! Madre, entonces era la edad de oro de la Iglesia de Francia; esos obispos tenían ideas claras y exactas; me temo que ahora sea la edad de hierro de la Iglesia de Francia». Este comentario puede parecer severo, y no quiere decir que, en este momento, no tengamos hombres de gran mérito; pero es cierto que entonces había un movimiento sin par. Dom Guéranger estaba a la cabeza de ese movimiento; tuve menos relaciones con él; hoy estamos en contacto con sus Religiosos y me felicito por ello, porque están en la línea de las ideas que nosotras debemos seguir.

En fin, Hijas, el mejor de nuestro amigos, el reverendo Padre d'Alzon, que ha sido un padre para nosotras, era, ante todo, el hombre de la doctrina romana. Todas sus conversaciones, todas sus enseñanzas estaban impregnadas de espíritu de fe; y lo que él apreciaba en nosotras, era, sobre todo, el objetivo del que os pido que nunca os apartéis.

Hoy sois numerosas, queridas Hijas; recordad que si alguna vez faltamos a nuestra misión, Dios dejará de bendecirnos. Proporcionamos a nuestras niñas una educación que el mundo no considera tan católica, pero que, en efecto, lo es, porque acostumbramos a las niñas a que asistan a los Oficios de la Iglesia, les ayudamos a comprenderlos y a amarlos; les enseñamos –al menos así lo espero–, en el sentido que os acabo de exponer, de manera que todo lo que capte su inteligencia provenga de la fe y de la Iglesia católica.

**«CONSEJOS SOBRE LA EDUCACION»  
dados por la Madre María Eugenia de Jesús, en 1842,  
a las primeras Religiosas de la Asunción.**

Nº 1511

---

• **Situación histórica**

*En octubre de 1841, en la calle de Vaugirard, las primeras religiosas son ocho (de las cuales cinco o seis podían impartir lecciones y dos podían encargarse de la misión de la vigilancia y de la presencia maternal). En esta fecha, se inscribió la primera interna: Emma Ryan, 12 años, irlandesa, de una familia amiga de la Madre Thérèse Emmanuel. Una segunda, francesa, de 10 años, se unió en diciembre, después una tercera de 12 años, en enero de 1842.*

*En abril se suman dos nuevas alumnas de 8 años y una de 5 años.*

*En la primavera de este año de 1842, la comunidad se muda desde la calle de Vaugirard a l'Impasse des Vignes (1).*

*El 23 de junio, la Madre María Eugenia escribe al Padre d'Alzon (2):*

*«...Ahora que estamos del todo instaladas, podría dedicar varias horas al estudio, no me encuentro con ánimo... ¿Tengo que estudiar, o debo acabar el cuaderno sobre la educación y sobre las meditaciones (3) que había empezado a escribir para las hermanas?».*

*La respuesta del Padre por desgracia no existe. Se puede, sin embargo, suponer que esta respuesta la orientó hacia la continuación de ese*

---

(1) Cfr. Orígenes II, capítulo 1.

(2) Vol. VII, nº 1553.

(3) Vol. VI, nº 1526-1527.

trabajo, puesto que lo llevó a término con un texto titulado: «Consejos sobre la educación», presentado en los Orígenes II, edición de 1898, páginas 26-36, como fechado en este primer año del internado.

\* \* \*

**Los Archivos** conservan el manuscrito (4) en largas páginas con la fina escritura juvenil: la mitad vertical está formada por un margen donde se inscriben correcciones e ideas complementarias. Se puede, pues, seguir el desarrollo de su primera idea o de las transformaciones sucesivas.

Es un texto base emprendido y seguido con seriedad, en los primeros meses del internado, para la obra que nació.

El texto primitivo copiado en un fascículo, que contiene también los Capítulos de 1878 sobre el «espíritu de la Asunción», ofrece algunos cortes. La redacción íntegra es la que se transcribe aquí.

#### • Sumario

- La Madre María Eugenia escribe para las hermanas, y en un principio para ellas solas, «con la misma confianza que en una instrucción de noviciado», con la fe en su misión de fundadora.
- Un tema difícil: la educación, para la cual es preciso examinar los tratados contemporáneos, confrontar sus principios y sus medios, con la orientación vislumbrada, tener en cuenta experiencias anteriores o actuales, positivas.
- Los temas que conviene tratar: el fin de la educación, sus medios, sus dificultades, los estudios y la manera de hacerlos útiles para la educación.

(4) Cfr. Vol. VI, nº 1511.

- El método: ya sea en sus detalles, ya en su conjunto «mantenerse lo más cerca posible de Jesucristo a fin de juzgarlo todo bajo su luz».
- El objetivo de la educación: según la expresión de san Agustín, hacer salir de la ciudad del egoísmo para ayudar a entrar en la ciudad de la entrega, y esto a través de las repeticiones, como algo que se considera de suma importancia.
- Consideraciones sobre la familia, apoyadas en la experiencia personal.
- Una ambición: «educar, al menos, a algunas de nuestras alumnas, haciéndolas que se superen para conseguir que accedan a los designios de Jesucristo».
- Una perspectiva: el porvenir de la niña.
- Y por encima de todo, en medio de las dificultades, el espíritu de fe, el celo que «no menos que el amor divino del que procede, no dice jamás: «basta» (5).

\* \* \*

Escribiré, ante todo, para vosotras, queridas Hijas, y sólo para vosotras; dispuesta a entresacar a continuación, lo que creamos conveniente dar a conocer. Necesito sentirme a gusto para comenzar, y para hacer lo que me pedís sobre la educación, con tanta confianza como si estuviera en un Noviciado. De todos los asuntos, éste es el más difícil de explicar. Ignoro, como sabéis, lo que escribieron las

(5) Antes de ser renovado, abreviándolo, en el nº 82 de la Regla de Vida de 1970 y en el nº 90 de la Regla de Vida de 1982, este último párrafo estuvo incluido en las Constituciones de 1959, en el capítulo XXXI: «De la obra de la educación y de la enseñanza» - nº 164. Otros pasajes o expresiones de los «Consejos sobre la Educación» se encuentran también en este mismo capítulo - nº 165-168.

señoras de Lambert, de Necker, de Rémusat, Aimé Martin (6), y otros más, cuyas obras deberán ser un día, por nuestra parte, objeto de seria atención. Tendremos que examinarlas juntas para ver qué provecho podemos sacar de ellas, para juzgar sus principios y sus medios según la regla infalible de la moral católica, y en fin, para comparar sus ideas con las nuestras; pues la experiencia les ha facilitado verdades observadas a las que, sin duda, no hay que creer a ciegas, teniendo en cuenta que, en el mundo, cada uno observa según sus métodos, pero que, sin embargo, hay que tenerlas en cuenta. Así pues sobre este asunto no tengo ni la instrucción ni la experiencia necesarias para explicarlo bien: pero, queridas Hijas, lo que allana toda dificultad, es que sólo lo hago para cumplir un deber. Conocéis con qué firmeza creo que Dios da a todos los seres lo que necesitan para cumplir con su deber. No hay madre tan inexperta que no pueda, si tiene un corazón recto, dar a su hija lo que Dios quiere que su hija reciba. Y si alguna de vosotras está, como me figuro, tentada a negarme esta proposición, le diría que valore, incluso sin tener en cuenta la gracia de la fe, la claridad que una voluntad recta puede proporcionar a la mente. Además, espero probaros que la rectitud de uno y de otro, son la finalidad, la base de la educación: espero que Dios os demostrará también el poder de la buena voluntad, proporcionando alguna utilidad a lo que Él quiere que os diga. Puesto que soy vuestra madre, queridas Hijas, nadie me puede suplir ante vosotras: y si yo quisiera encargar a otros el participar con vosotras en los detalles de los deberes que nos impone la finalidad de nuestra obra, en principio no encuentro a nadie que lo pudiese hacer, pero incluso aunque lo encontrase, la ventaja que tendría en el terreno natural, no le aseguraría la gracia que Dios, al haceros hijas mías, se ha obligado, en cierto modo, a concederme. No me siento capaz ahora de seguir un orden fijo, os hablaré según vayan viniendo las ideas a mi mente, sobre la finalidad de la educación, sobre sus medios, sobre sus dificultades en cada edad de la niña, sobre los estudios y sobre el modo de hacerlos útiles para la educación que, respecto a una mujer al menos, es ciertamente importante. Os hablaré, en fin, ya en los detalles, ya en el conjunto. Mi método será el de mantenerme lo más

(6) Cfr. Nota al final del texto, págs. 505-506.

cerca posible de Jesucristo, con el fin de juzgarlo todo bajo su luz, ya que incluso en los asuntos puramente naturales, debemos buscar sin cesar, los designios del Creador, designios que únicamente el Salvador puede revelarnos. Seguid el mismo método, queridas Hijas, y creed que él suplirá la sabiduría que nos falta a todas. La fe da aún más inteligencia que la experiencia de los años. «Super senes intellexi, quia mandata tua quaesivi».

En principio ¿cuál es el objetivo de la educación? Evidentemente, queridas hijas, es el de preparar a una niña para todos los deberes de la vida. San Agustín, a quien debemos llamar Bienaventurado Padre, puesto que seguimos su Regla, ha dicho que en este mundo no hay más que dos ciudades: la del amor a sí mismo llevado hasta el desprecio a Dios, y la del amor a Dios llevado hasta el desprecio a sí mismo; es decir, queridas hijas, egoísmo y entrega: he aquí todo el misterio, todo el principio del bien y del mal, en las cosas de aquí abajo. ¿Qué es, en efecto, lo que Nuestro Señor vino a hacer en este mundo, sino cumplir, respecto a su Padre y respecto a nosotros, la obra de una entrega tal que ningún interés propio puede explicar? Y de esta Cruz que soportó y que es la máxima expresión del amor a Dios y a los hombres, llevado hasta el desprecio más absoluto de sí mismo, ha hecho la base de nuestra fe, el sello que convierte nuestras obras en dignas para la vida eterna, la única señal de nuestra salvación. Vino para enseñarnos el misterio, es decir, a combatir el egoísmo en todo lo que persigue, de tal modo que bajo el imperio de la fe, el egoísmo se ha visto obligado a hacerse servicio para conservar alguna esperanza de alcanzar un día, la plenitud de su propia felicidad.

Así pues, hijas mías, al haceros cargo de la infancia, queréis continuar la misión de Jesucristo. Esposas del Salvador, os habéis entregado a Él, para no tener otros pensamientos, otra voluntad, ni otros sentimientos más que los suyos: lo que Él quiso, es lo que debéis querer, lo que Él amó, debéis buscarlo, y debéis aborrecer todo lo que se oponga a Él. Jesús que ya no habita en esta tierra si no es bajo una forma, en cierto modo, pasiva, os ha escogido para manifestarse en vosotras: y si pudiera encontrar palabras para expresar el misterio

que hace al alma religiosa, no temería detenerme incluso para hacerlos contemplar y adorar esta maravillosa armonía, que el Esposo ha querido poner entre su vida eucarística y la nuestra, cuando nos pide, como Él lo hace cada día, que nos entreguemos pasivamente entre sus manos, del mismo modo que Él está en las manos del sacerdote, a fin de que no vivamos ya para nuestros gustos naturales, sino que dejemos desarrollarse en nosotras, sin obstáculo, ese principio de vida divina que Jesucristo nos da en la comunión. [Viene a nosotros] (7) bajo forma muerta, cuya vida oculta, sólo espera nuestro consentimiento para desarrollarse en nuestro corazón de una manera misteriosa y santa. De tal modo, que si respondemos a la plenitud de nuestra vocación, un segundo misterio de fe se operaría en nosotras, y esta hostia, que parece estar muerta, sería toda nuestra vida; así nosotras que parecemos estar vivas, estaríamos verdaderamente muertas, por la indiferencia a todo lo que se relaciona con nuestro yo. Es lo que san Pablo expresaba pidiendo que la vida de Jesús se manifestase en nuestra carne mortal, o, mejor aún, es lo que nuestras Constituciones nos dan como regla: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí».

No creáis, hijas mías, que me aparto del tema al deciros estas cosas: indican precisamente el espíritu con el que debéis dedicaros a la educación de la infancia. Ahí, más que en ningún otro lugar, al ver que las consecuencias son más graves y que un simple error puede hacerlos culpables, hay que renunciar a su propia ciencia y a sus propias ideas, y más todavía, como fácilmente comprenderéis, a sus propios intereses, a sus sentimientos, a todo lo que viene del yo y a todo lo que vuelve a él. Hay que actuar como representantes de Jesucristo, hacer y decir lo que Él hubiera dicho y lo que Él hubiera hecho, querer lo que Él ha querido, penetrar en sus designios y dirigir nuestras miradas humanas allí donde su mirada divina se hubiese detenido. ¿Qué creéis, pues, que Jesucristo deseó, por encima de todo, para los hombres a los que Él instruía? Ciertamente, hijas mías, lo sabéis, puesto que os habéis propuesto entregarle todo y cumplir su voluntad con alegría. Él ha deseado verlos entregados a Dios y a los hom-

(7) Omitido en el autógrafo.

bres como Él mismo lo hizo; se esforzó en inflamarles de amor divino, de virtud y de gran celo hacia su palabra; se alegró cuando encontró en ellos una fe grande y sobre todo una gran caridad. En fin, aquellos a quienes ha llamado amigos y hermanos, son los que han entrado sin reservas en la ciudad divina, o como se decía en la toma de hábito de Sor M. Gonzague, las leyes de Dios, la caridad, la justicia, la verdad, son las que únicamente guían las almas y son preferibles mil veces a cualquier instinto, e incluso a todo lo que reclama la naturaleza.

He aquí, pues, hijas mías, nuestro objetivo supremo. Seríais indignas del santo hábito que lleváis y del nombre que se os da, si algún día os contentáseis con combatir los defectos exteriores, con enseñar actos de piedad igualmente exteriores, con preservar a una joven del mal mientras esté en vuestras manos, con doblegarla a las apariencias y a las ideas de una sociedad más cristiana de nombre que de hecho, con apartar de ella, en fin, todo lo que podría causar reprobación, y con darle esa apariencia ligera e insignificante que el mundo e incluso la familia prefieren, con demasiada frecuencia, a la rectitud de un carácter más generoso.

Pero es preciso explicar aquí cada una de mis palabras. Cuando digo que estas fórmulas no son vuestro objetivo, no digo que haya que despreciarlas, digo solamente que debéis hacerlas que broten de las virtudes reales que tales fórmulas representan. Cuando digo que la familia se contenta con ellas con demasiada frecuencia, no hablo de la familia que la joven funda al convertirse en madre; respecto a aquella familia, no sabría comportar suficientes cualidades serias, y las costumbres artificiales pronto se desvanecen; pero sé que la familia que os la ha confiado preferirá, con frecuencia, los defectos, que puedan facilitar un matrimonio, a las virtudes que aseguran la felicidad, y quizá no les disgustará el encontrar en una niña una ciencia precoz de egoísmo para calcular, sin errores y sobre todo sin generosidad, todas las oportunidades de ambición y de vanidad de su situación en el mundo. Tendré ocasión de volver sobre este punto, y os diré francamente todo lo que sé; pero creedme mientras tanto, ya que tengo experiencia positiva respecto a lo que os digo. Cuando se trata

de formar un corazón entregado al bien, generosamente cristiano, muerto para sí, las enseñanzas de la familia oponen tantos obstáculos como el egoísmo natural. Quiera Dios que estas enseñanzas no se antepongan incluso a las virtudes más indispensables de una mujer.

Pero vosotras, hijas mías, al adoptar un amor entrañable hacia estas niñas, que quizá no recibirán de nadie más que de vosotras la formación cristiana; no seréis como esas madres de carne y de sangre; tendréis en cuenta que sois Esposas de Jesucristo, que no podéis servir al mundo al mismo tiempo que a Él, y que es únicamente su doctrina, su ciencia y su verdad lo que tenéis que imprimir en sus almas. Ciertamente, hijas mías, si en mi ignorancia, me estuviese permitido emplear las palabras que santa Teresa dirigía a las Carmelitas, si supiera que alguna vez os hacíais cómplices de todos estos cálculos, con los que uno no se avergüenza de formar el alma de una cristiana, todo lo que esta gran santa pedía a Dios que enviara a sus hermanas el día que abandonaran la pobreza, lo pediría para vosotras el día que abandonaseis la santidad de las enseñanzas de Jesucristo por la presunción de la habilidad mundana.

No creáis que ataco a un fantasma al preveniros con tanta firmeza contra ese peligro; tengo mis razones para aseguraros que apenas hay familias para las que la enseñanza de las jóvenes no se haya reducido únicamente a toda clase de egoísmo. Conocéis a ese padre que escribía a una niña de quince años, que las apariencias lo eran todo en una mujer; y se lo decía como una lección de moral, para comprometerla a cumplir algunos deberes religiosos. Pero dejemos a las familias incrédulas. Ciertamente la buena apariencia de vuestra casa, ha podido traer a la niña de la que os hablo, y después de todo, es esta clase de alumnas la más deseable, porque es la que más lo necesitan. Pero en todas partes, e incluso entre los católicos, veréis todavía, que las mujeres creen que su papel en la familia es el de asegurar la fortuna, pero casi nunca el honor y la rectitud.

Ellas, a quienes el cielo ha hecho educadoras del mundo, se hacen calculadoras de intereses, su ambición para sus hijas se ha hecho proverbial. Esa inclinación hacia la economía doméstica, que le lleva

a decir a santa Chantal que las mujeres eran mezquinas, pues ninguna idea sería la guíaba, esa mezquindad la extienden hasta los asuntos más elevados, si su rango o los caprichos de su fortuna les permiten, algún día, sumarse a ellos. Y para corroborar esto es por lo que os he dicho algunas veces que busquéis una gran personalidad de nuestra historia moderna, que no haya encontrado en su mente un obstáculo para obrar con desinterés. Volveré sobre este tema y os diré, sin reservas, todo lo que sé, para que mi triste experiencia del mundo os sea, al menos, de alguna utilidad. Entre tanto, creedme.

Heme aquí lejos de lo que quería deciros. La excesiva estima de los bienes y de los honores de la tierra es siempre temible, incluso en la educación de aquéllas que tienen que aprender a poseerlos en una medida razonable; pero me parece que no es de vosotras de quien se debería temer ese defecto. Creed que el alma religiosa, sin embargo, también está expuesta a ello, y que aunque se hayan dejado de poseer los bienes, no siempre se cesa de estimarlos, con una estima secreta que se oculta a sí misma, pero que se traiciona en el juicio que se hace de las diversas situaciones de sus alumnas.

Respecto a nosotras, hijas mías, espero que no actuemos así; nuestra regla nos pide un espíritu total de pobreza, y hemos sido fundadas con una gran carencia de medios humanos para el éxito, a fin de que seamos siempre hijas de la fe, que no basemos nuestra alegría en la prosperidad de este mundo, ni para nosotras ni para los demás, sino que enamoradas de la belleza de las almas, tengamos como suma ambición educar, al menos, a algunas de nuestras alumnas para que superen ellas mismas sus defectos y los defectos de sus familias, con el fin de hacerlas penetrar en los designios de Jesucristo. Hay tan poca ilación en lo que digo, que no os extrañaréis de que vuelva a un asunto sobre el cual no quisiera que se me comprendiese mal. Aunque al preguntaros lo que Jesucristo desea encontrar, por encima de todo, en las almas, he dicho lo que ya sabéis, porque tenéis que ser de los que satisfacen todos sus deseos, lejos estoy de pensar que sea necesario ser religiosa, como vosotras, para cumplirlo. Los designios que Dios tiene sobre las almas son diversos, lo que hay que desear es que cada una los cumpla.

En sí, nuestro estado es más perfecto, pero sólo para aquellos que son llamados; porque se puede, también ser más perfecto en otro estado. La última finalidad de nuestros esfuerzos no es, pues, conseguir almas con vocación religiosa: pues esa elección se debe dejar a Dios y únicamente depende de Él; y tampoco tratar de santificar a las almas por medio de las prácticas que os santifican a vosotras, pues estas prácticas dependen de vuestro estado y os santifican porque representan para vosotras el cumplimiento de la voluntad de Dios, es algo que entra en el orden de vuestros deberes; sino que lo que debéis de hacer es, lo repito otra vez, liberar lo más posible a las almas de su egoísmo natural para consagrarlas sin reservas a la voluntad de Dios, es decir, a todo lo que es bueno, santo y generoso, a todos los deberes grandes y pequeños, a todo lo que pide el amor a la virtud.

Incluso os diría, que sean cuales fueren las apariencias de vocación religiosa, no educéis nunca a una joven con esta sólo idea, preparadla siempre para los diferentes deberes, habladla en el mismo lenguaje que a las demás, enseñadla incluso, aquello que sólo necesitaría saber en la vida del mundo; pues, por otra parte, las mujeres no son precisamente inmutables, y podríais juzgar de su vocación por el deseo que de ello tenéis; no obstante, esto es lo que desearía que nunca ocurriera, a fin de que cuando se os pida consejo, consultéis únicamente las señales de elección divina, como también deben ser las únicas consultadas en las elecciones del Capítulo, excluyendo todo sentimiento humano. Por otra parte, admitiendo que Dios haya elegido verdaderamente a la niña en la que hayáis creído encontrar señales de vocación religiosa, y admitiendo que sea fiel y que llegue a llevar el velo sagrado, le habréis hecho un gran beneficio consiguiendo que lleve al claustro la idea real del papel pesado y difícil que la mujer cristiana tiene que desempeñar en el mundo.

Esta era la idea que santa Teresa utilizaba para animar el fervor de sus hijas, y les preguntaba si no harían al menos por el Señor del cielo y de la tierra, que era su Esposo, lo que una mujer honrada haría por su marido. Y creed que si sacáis partido de la piedad de una niña para formarla en la sencillez de corazón y de espíritu, en la

afabilidad, en la benevolencia, en la bondad, en la igualdad de carácter, en la paciencia, en el recato, en la costumbre de supeditarse y de sacrificarse por los demás, en la medida que una vida verdaderamente cristiana lo exige en cualquier circunstancia, la habréis preparado suficientemente para las virtudes que la vida religiosa tendrá que desarrollar en ella.

Ante las niñas, debéis en relación a vuestra vocación más respeto que proselitismo (8). Habladles algo, pero siempre de manera que comprendan la alta estima que vosotras mismas tenéis de ella. Me gustaría que la niña pudiese honrar vuestro hábito como un misterioso sello de Cristo de quien sois, para ella, la imagen. ¡Dios mío, qué grande es esto! y para inspirar este sentimiento de fe, ¿cuánta dignidad no hará falta, cuánta afabilidad, cuánto olvido de sí misma, cuánta fidelidad para actuar siempre con el dinamismo de nuestro divino Esposo?

Evitemos el hablar de nuestros deberes por pequeños que sean, y aún más evitemos el ocultarlos de un modo infantil; nuestras prácticas opuestas a las costumbres del mundo, no hay que darlas a conocer; pero si las perciben, no hay que disimularlas, no mostrarse desconcertadas, sino explicarlas de una manera tan seria y cristiana que, ni la más frívola de las niñas pueda reírse, como no lo haría tampoco de las humillaciones de Jesucristo. Y esto, lo digo aún más por ellas que por nosotras.

Esta dignidad, este amor serio que debemos manifestar ante las más pequeñas normas de nuestra Regla, si tenemos el espíritu que ella nos exige, serán una gran lección para la niña, sobre todo en estos tiempos en los que se busca vanamente en las familias la santa dignidad que proporciona a las relaciones íntimas tanta afabilidad y alegría verdaderas como honradez y dignidad.

Digamos, pues, sin miedo, que hacemos estas cosas porque Jesucristo las ha hecho, y que esta obligación, que el mundo no com-

---

(8) Otra redacción: «Respecto a vuestra vocación, debéis sentir, hacia ella, más respeto que proselitismo. Habladles algo a las niñas, ...»

parte con nosotras, nace de nuestra unión más íntima con el Salvador; y aún cuando parezca que de momento se ríen, no pongamos en duda la impresión seria que producirá nuestro respeto ante un deber tan humilde en apariencia, nuestra fidelidad en cumplirlo, nuestra sencillez al explicarlo sin rodeos y en aceptar con toda indiferencia el aparente ridículo.

Es difícil ser religiosa tal como debemos mostrarnos ante las niñas. A este respecto os manifestaré una idea que algunas veces me ha proporcionado deseos de mejorar: esto ocurre cuando se juzga a Nuestro Señor Jesucristo por lo que son los suyos. La vida de un sacerdote santo convierte a las almas, y por el contrario, nada separa tanto de Jesucristo a los pueblos, como las épocas en que no todas las Órdenes de la Iglesia eran dignas de la santidad de su Cabeza.

Dedicad alguna vez vuestra oración para preguntaros qué deseáis que la niña piense del Salvador, y luego tened cuidado de no hacerla caer en una trampa con respecto a la clase de relaciones que vuestra vocación establece, ante sus ojos, entre Jesucristo y vosotras. De acuerdo con esta idea, no me parece bien que haya una intimidad demasiado familiar entre las niñas y sus maestras, incluso cuando las niñas son mayores; volveré sobre este tema para tratar acerca del modo cómo debo ejercerse y modificarse la autoridad según los temperamentos y las edades. Me limitaré ahora a deciros que en razón de nuestra vida religiosa, quisiera (aunque no fuésemos maestras de la niña y que no tuviera con nosotras más relaciones que la de una confianza personal, por la que se le deben facilitar en muchas ocasiones confianzas cuando la Superiora no encuentre en ello inconvenientes), quisiera, repito, que no se estableciera entre ella y nosotras una relación de igualdad, sino que nosotras sigamos siendo madres por la gracia de Jesucristo y dominando, por así decirlo, a ese joven espíritu por medio de la verdad, la serenidad, la prudencia, la luz, que debemos obtener de Jesucristo para hacerla participar en ella, iluminándola serenamente acerca de todas las cosas de que nos hable.

¡Ah! queridas hijas, para nosotras existe un escollo mayor que todos los demás y del que apenas me atrevo a hablar, ya que sólo quisiera

hacerlo con palabras apropiadas para persuadiros. ¿Sabéis qué es lo más importante, lo más difícil y lo que no se nos dará ni por el estudio, ni por la inteligencia, sino solamente por la perfección del espíritu religioso? Es una unidad perfecta en nuestro trato con la niña. Sé que, en principio, aceptáis esta necesidad como tesis general, pero vayamos al detalle, ¿no es verdad que cada una de vosotras tendrá, en este punto, sus ideas, sus disposiciones naturales, y que difícilmente las abandonará? Alguna recordará una actitud severa que la hirió en su infancia, porque carecía de valor; y si se le confían las niñas, diciéndola, como confieso que yo le diría, que es preciso tener con ellas una autoridad firme, que las acostumbre a obedecer, y que imprima en su espíritu hábitos sólidos, en lugar de la indulgencia que debilita. ¿Creéis que no se fiará más de su propia y pobre experiencia, que del espíritu que se habrá decidido dar, a la enseñanza en nuestra casa? Otra creará que no se puede obtener la obediencia más que con modales duros; otra se sentirá inclinada a compadecerse del desorden de las niñas, de sus defectos y de sus negligencias en cualquier otro punto que no sea el de los estudios, le parecerá que no se debe exigir la disciplina exterior con tanta exactitud. Sin embargo, hijas mías, aunque admitamos que todas tengan razón, lo que sería difícil, puesto que cada una tendrá un parecer distinto, vale más para la educación un estilo peor, pero uniforme para todas las maestras.

Esta es, queridas hijas, la ventaja de la obediencia en las casas de educación religiosa; al renunciar a su voluntad, al estimar a la autoridad, a la regla, a las costumbres de la casa más que a sus propias ideas se obtiene esta unidad tan deseable. Una buena Religiosa que desea por encima de todo, actuar según la voluntad de Nuestro Señor en las cosas más pequeñas, no está apegada a la suya: más bien temerá seguirla, y para encontrar a Jesucristo, se adherirá, con alegría, al espíritu de la casa a fin de abandonar el suyo propio. Pedid a Dios, queridas hijas, que os dé esta disposición, la necesitáis más que cualquier otra, y todo lo que pueda deciros no servirá para nada sin ella.

Dos razones podrán todavía ayudaros: primero, la educación recaba un conocimiento mayor aún de la vida a la cual la niña está destina-

da, que de la niña misma. Es preciso saber lo que le espera, lo que tendrá que hacer, a fin de darse cuenta de las dificultades futuras, de tales y cuales cosas que en el momento presente parecen de poco valor; es preciso, pues, conocer el mundo, e incluso conocer su lado malo, conocimiento que, ¡Dios sea alabado! vosotras apenas conocéis, pero este desconocimiento debe haceros temer el tropezar contra una piedra, allí donde sólo véis flores. En segundo lugar, la responsabilidad de conciencia de una casa de educación recae sobre los que la dirigen, es decir, en vuestra casa, sobre los superiores, en tanto en cuanto sigan su dirección. Son, pues, ellos los que deben instruirse a través de todos los consejos que su posición les permita obtener, para prevenirlo todo, para vigilarlo todo, puesto que tienen un verdadero cargo de almas en este aspecto, y debéis confiar en que Dios no permitirá que escojáis madres tan ineptas que puedan sentirse indiferentes ante un deber tan serio, o negligentes en todo lo que pueda ayudarles a cumplirlo convenientemente.

Pero vosotras, que no habéis recibido esta carga de Dios, queréis cogerla al dirigir con vuestras propias luces lo que sólo se os ha confiado para hacerlo conforme a la obediencia, debo deciros que os hacéis las únicas responsables, y que además, al no estar en la posición elevada de las Superiores, para verlo todo y para ordenarlo todo, sin tener la misión, y por consiguiente, sin que Dios os asegure la gracia, tenéis que responder del mal que podríais causar y del bien que no hagáis, y de las costumbres que podríais suscitar, y de las que se seguirán como consecuencia, y en fin, tendréis igualmente que responder de la discrepancia que existirá entre vuestras alumnas y las de otras maestras, disparidad que impedirá, tal vez, un mayor bien, por sí sola, que ideas más exactas hubieran podido proporcionar.

Nuestra regla nos dice bastante acerca del modo de conseguir, que redunden en provecho del internado las luces que Dios pudiera darnos en el ejercicio de nuestros cargos, y las ideas exactas que podríamos tener sobre las prevenciones tomadas o que se deban tomar; si estas luces, si estas ideas vienen de Dios, no bastará con haber hecho tranquilamente las advertencias necesarias para que Él haga que se acepten, advertencias que podemos exponer a la Superiora tan fre-

cuentemente como deseemos, sea directa o indirectamente. Sería indicio de que su origen está en nuestra propia mente, si no pudiéramos esperar pacientemente a que nuestras opiniones sean adoptadas, si no pudiéramos soportar que sean rechazadas, o a plegarnos a seguir otras; y entonces ¿qué podríamos esperar en la práctica de estas pretendidas luces que Dios no hubiera bendecido?

He aquí una larga digresión, aunque sea de cosas necesarias. Me parece que ya os había hablado antes del deseo ardiente que debemos tener en la educación de nuestras alumnas, de formar entre ellas, por lo menos, algunas almas fuertes, dignas de Jesucristo, algunas jóvenes para la ciudad divina, en la que el amor a Dios llegue hasta el desprecio de sí misma. Pero ¿no os parece triste que sólo me atreva a esperarlo de algunas? No tenemos que hacernos ilusiones de poderlo obtener de todas. Esa entrega generosa, ese celo sagrado por la virtud, ese céntuplo de la palabra divina, Nuestro Señor mismo no lo ha obtenido más que de un reducido número de almas. Si nuestra educación empezara en la cuna, si pudiéramos, lo que la más atenta de las madres no puede hacer, si nuestra palabra, nuestro ejemplo fueran lo único que llegara a la inteligencia de la niña, no sé si se conseguiría que su desordenada libertad, se volviese incluso contra el bien y contra nosotras, el día que tenga que escoger con plena lucidez, entre el sacrificio propio y el sacrificio de sí misma. Además, esta hipótesis, con respecto a la cual no tengo suficientes luces para resolver, es imposible para nosotras. Nos traerán a la niña ya educada, a menudo con conocimiento de las cosas malas más que de las buenas, tal vez egoísta, obstinada, debilitada por sus costumbres: lo único que podremos hacer será decirle la verdad como Jesús hizo antaño, enseñarle cómo practicarla, tratar que se someta por el temor y por el amor, reprobando ante sus ojos todo el egoísmo de su propio corazón, no permitirle nunca ceder a él impunemente, luego, pedir a Dios a fin de que esta alma joven se incline y se someta al yugo del bien.

Encontraréis caracteres tan vanidosos, tan débiles, tan violentos, tan inclinados a defectos bajos, que estaréis expuestas al desánimo. Sin embargo, hijas mías, quisiera que incluso ante estos obstáculos, no

perdiérais nunca la fe, ni la esperanza, ni el amor, y si Dios os concediera esta gracia, os aseguro que os sentiréis fuertes para obtener lo que ninguna previsión humana hubiera podido presagiar. En el fondo de las peores naturalezas, hay siempre algo bueno; creámoslo, busquémoslo con perseverancia, y si no lo encontramos, atribuyámoslo a alguna idea de nuestra propia importancia que nos ciega. En los defectos evidentes de un carácter en los aspectos donde domina el mal, creamos que la gracia de Dios puede hacerse presente, pues ella ha descendido ciertamente a nosotras, y los obstáculos que sabemos que ha encontrado en nosotras, no son nada, sin duda, comparados con los que Dios ha visto.

Creed en la fuerza de las prácticas cristianas; creed en la esencia divina que los sacramentos depositan en el fondo del alma, y apoyad además vuestra esperanza en este fundamento, cuando la naturaleza no os ofrezca nada sobre lo que pudiérais construir. Vuestra fe se comunicará a la niña, tendrá esperanza como vosotras, intentará responder a una confianza que, la peor de las personas, no podría por menos de dejarse sentir afectada por tal comunicación. El desánimo, la amargura no tendrán cabida en su alma, esperará alguna fuerza de ese lugar santo en donde nos verá cimentar tanta esperanza, amaré esta fe que le mantiene vuestro aprecio, y si, al apoyarse así en la realidad divina de los auxilios de la religión, no puede recuperarse enteramente de los defectos ya enraizados en ella, podéis estar seguras, al menos, de que en la vida recordará siempre vuestras lecciones y vuestras promesas. Pero para esto, hijas mías, es preciso que la améis, y no creáis que amar es siempre cosa fácil, sobre todo cuando los defectos, que naturalmente repugnan, se encuentran en el ser al que tenéis que amar.

Algunas veces, lo sé, al principio de la vida, el alma que no está turbada por la agitación del mundo y que empieza a gustar el sumo sosiego de Jesucristo, encuentra en sí, de modo natural, una efusión de benevolencia y de amor que ella derrama con alegría a las otras criaturas, y esta alma entonces, apenas puede concebir que a otras les cueste practicar la santa caridad. Esta disposición es quizá uno de los dones más valiosos que el Esposo pueda otorgar antes de darse

Él mismo, y creo que de todas las alegrías de estos primeros desposorios, es la que se encuentra de una manera más completa en el alma santa, en la cual la unión con Jesucristo en cierto modo se ha consumado; pero, se encuentra entonces con una pureza y una fuerza que antes no tenía. Porque, si tengo que deciros todo lo que pienso, he de aclarar que, aunque estimo todos estos sentimientos más que cualquier otro sosiego espiritual, no creo que duren mucho tiempo, y creo que a pesar de lo suaves que son, no están libres de imperfección. Es decir, que una maestra que siente que su corazón se conmueve ante cada una de sus alumnas, no será, sin embargo, imparcial en su cariño respecto a ellas, estará demasiado preocupada por unas, demasiado condescendiente en otras circunstancias. Le costará aceptar que se corrija con una severidad que no es de su parecer, estará de acuerdo con las quejas de las niñas, perderá la meritoria previsión del difícil aprendizaje de la vida que es necesario, sin embargo, conseguir alcanzar, prolongará las charlas inútiles, se complacerá un poco en caricias que, quizá únicamente perjudiquen a la niña; se sentirá vivamente herida por un indicio de frialdad, querrá obtener algo por el solo placer personal; qué sé yo, mil otros defectos cuyas consecuencias pueden ser graves y que son otras tantas faltas de su caridad. Si me atrevo a decir que se puede echar a perder una cosa tan buena como son los sentimientos de caridad, las que sientan esos defectos, no deben, sin embargo, asustarse, porque en primer lugar, al considerar lo que yo soy, pienso que sin duda, ellas no son tan malas; además pueden, fácilmente, si desconfían de ellas mismas y si rezan mucho a Nuestro Señor, recoger el fruto de esta gracia de delicadeza que han recibido, sin caer en los inconvenientes que he dicho y en otros muchos que de ello se siguen con demasiada frecuencia, ya que un amor mal ordenado hacia sus alumnas ha hecho, a más de una religiosa, faltar a la primacía de amor que deben a sus hermanas, a su Madre, sí, e incluso a Nuestro Señor.

El observar estos defectos es lo que ha llevado a algunas personas piadosas a considerar tales sentimientos afectuosos como puramente humanos, idea con la cual, reconozco, nunca he estado de acuerdo, porque según mi parecer, la naturaleza es siempre exclusiva y se

inclina hacia pocas personas, mientras que únicamente la caridad de Nuestro Señor Jesucristo, es la que crece a medida en que se derrama en un mayor número de almas. Finalmente, como nosotras estamos implicadas, y teniendo en cuenta que excepcionalmente se puede mantener el corazón lo bastante puro como para no mancillar aquello que incluso en el fondo viene de Jesucristo, me parece que la gran regla respecto a esta cuestión, como respecto a la mayor parte de las cosas espirituales, es la de aprovechar, con acción de gracias, todo lo que en nuestros sentimientos pueda ayudarnos a cumplir nuestro deber, y olvidar el resto, sin apegarnos a nada más que a la ley de Dios que, según un Padre, creo que san Agustín, no es otra cosa que el orden perfecto en el amor, y concuerda con lo que dice la Esposa: «Ordinavit in me caritatem».

Hablo aquí según el espíritu de nuestra regla que como sabéis, es más bien de suavidad que de severidad; y, por lo demás, ya habéis podido experimentar, queridas Hermanas, que esta invencible dulzura que se nos pide conlleva también sus sacrificios. Pues, hay que reconocerlo, dado que tenemos que sufrir, tan pronto como Jesucristo al penetrar más en el fondo de nuestros corazones, nos hace sentir un poco el peso de su Cruz, nuestros consuelos desaparecen para dar cabida a las amarguras, que algunas veces hacen que encontremos un suplicio en las mínimas relaciones con el prójimo. Entonces es, hijas mías, cuando nace y crece la verdadera caridad, la que por nosotros ha vencido todas las angustias del Calvario, la de Jesucristo crucificado de quien, según lo que nos dijeron en nuestra profesión, debíamos haber aceptado su ciencia al mismo tiempo que recibimos la señal para conservarla en nuestro corazón.

(«Pone, soror carissima, hunc signum crucis super cor tuum, et accipiens scientiam caritatis Xti disce hodie te illi in omnibus conformare qui pro te se totum in sacrificium obtulit») (9).

(9) «Pon, muy querida hermana, esta señal de la cruz sobre tu corazón, y al recibir la ciencia de la caridad de Cristo, aprende hoy a configurarte en todo, a Aquél que por tí se ha ofrecido totalmente en sacrificio».

Ya sea pues, queridas hijas, que os sintáis todavía ajenas a los sentimientos de los cuales he hablado, ya sea que Nuestro Señor os los retira o que se sirva de las contradicciones exteriores o interiores para hacéroslos cambiar fácilmente, por una virtud más fuerte, no os inquietéis. Por encima de la inconstancia eterna de los sentimientos humanos. tenéis, para no desfallecer jamás, la fuerza indefectible de Jesucristo, Aquél a quien nada le cansa, nada le desanima, nada le detiene, Aquél que siempre amado, está también siempre dispuesto a derramar sobre los suyos la efusión de su divina caridad. Cuando la nuestra se debilita, cuando nuestra alma está casi amargada, cuando el tedio, el hastío, el sufrimiento parecen haber agotado nuestras fuerzas, acudamos a Él, mis queridas hijas, dejémosle que sea Él quien ame en nosotras, abandonémonos a su virtud, y Jesús, cuyo amor ha sobrepasado al de nuestras madres, nos enseñará, quizá en ese momento, el secreto de un último esfuerzo con el cual venceremos los defectos de la niña. Digo mal, nos enseñará aún más, nos enseñará que ninguno de nuestros esfuerzos debe ser el último, y que el celo (10) no menos que el amor divino del cual procede, no debe decir nunca: Ya basta (11).

\* \* \*

Nota (6) de la página 490 : cfr. Mme. de Lambert,  
Mme. Necker, Mme. de Rémusat, Aimé Martin.

*Madame de Lambert. 1647-1733.*

*Recibe en su salón a la sociedad culta de su época y ejerce una gran influencia en las elecciones académicas. Autora de «Reflexiones sobre las mujeres», publicado en 1727; «Consejos de una madre a su hija y a su hijo», 1728.*

(10) En la primera redacción: y que la caridad...

(11) Añadido: Al daros como modelo la caridad de vuestro Esposo. acabo de recordar una frase del Evangelio.

Madame Necker: 1739-1794.

Mujer docta y moralista. Dirige un salón y funda en París el hospital que lleva su nombre. Después de su muerte, se publican las «Misceláneas sacadas de los manuscrit de Madame Necker». Es la madre de Madame de Staël: 1766-1817, cuya influencia junto a la de Chateaubriand, determina el comienzo del siglo XIX.

Madame de Rémusat: 1780-1821.

Dama de honor de Josefina Bonaparte, primera mujer de Napoleón. Bajo la Restauración escribió: «Ensayo sobre la educación de la mujeres», 1824.

Aimé Martin: 1786-1847.

Literato y profesor de historia y de literatura. Sus obras: «Cartas a Sofía sobre la física, la química y la historia natural», 1810; «Obsequios a la juventud», 1809-181 «Sobre la educación de las madres de familia», 1834; «El libro del corazón», 1835, «Proyecto de una biblioteca universal», 1838.

## REGLA DE SAN AGUSTIN (\*)

*Ante todo, amemos a Dios, amemos al prójimo, pues estos son los primeros mandamientos que se nos han dado.*

He aquí las reglas que os prescribimos para que observéis en el monasterio.

### I

#### La vida común

Primero, puesto que os habéis reunido en comunidad, vivid en perfecta armonía en casa; no tengáis más que un solo corazón y una sola alma en Dios.

Que ninguna de vosotras diga: esto me pertenece; que entre vosotras todo esté en común, y que vuestra Superiora distribuya a cada una el alimento y la ropa; no igualmente a todas, pues no todas tenéis las mismas razones para ello, sino que a cada una se le dará según sus necesidades. En efecto, leéis en los Hechos de los Apóstoles: Entre ellos, todo lo tenían en común, y se daba a cada uno según sus necesidades.

Que las que posean alguna cosa al entrar en religión, lo pongan, de buen grado, en común. Respecto a las que no tienen nada, que no busquen en el monasterio aquello que no habrían podido obtener

(\*) Este texto de la Regla de San Agustín no es el que acompaña los Estatutos de 1854 o a las Constituciones siguientes, sino el que se adoptó paralelamente a las Constituciones de 1959.

fuera de él. Sin embargo, que se les dé todo lo que necesiten, incluso si su pobreza hubiera sido tan grande, que, en su casa, no lo hubieran podido alcanzar.

Sin embargo, no deben creerse afortunadas por la única razón de haber encontrado un alimento y un vestido que no hubieran podido conseguir en el mundo.

## II

### La humildad

Que no se enorgullezcan por convivir con personas con las que, en el mundo, no hubieran osado alternar, sino que su corazón se mantenga en alto y que no busquen los bienes terrenos, ante el temor de que los monasterios sean provechosos a las ricas y no a las pobres, si las ricas se humillan y las pobres se llenan de orgullo.

Por otra parte, que aquéllas que tenían una posición elevada en el mundo, no desprecien a sus hermanas pobres que han acudido a este Instituto. Que se esfuercen más bien, no en gloriarse de sus padres ricos, sino en mantener la compañía con sus hermanas pobres. Que no sientan vanidad por haber dejado su fortuna a la comunidad y que no se enorgullezcan más de haber dado su fortuna al monasterio, que de disfrutar de ella en el mundo. El objeto de toda iniquidad es producir obras malas; pero el orgullo se desliza insidiosamente en las obras buenas para destruirlas. ¿De qué servirá el distribuir sus bienes entre los pobres y el empobrecerse uno mismo, si se tiene la desgracia de hacerse más orgulloso al despreciar las riquezas de lo que se era cuando las poseía?

Vivid, pues, todas en perfecta unión de espíritu y de corazón y honrad las unas en las otras a Dios de quien os habéis convertido en templos.

## III

### La oración

Orad con insistencia, en las horas y en los momentos señalados. En el oratorio, nadie debe hacer otra cosa más que aquello para lo que el oratorio ha sido destinado y por lo cual recibe su nombre, a fin de que aquéllas, que en sus tiempos libres, quieran rezar en él fuera de las horas señaladas, no se sientan impedidas por aquéllas que quieran hacer en él otra cosa.

Cuando rezáis a Dios con salmos o con himnos, meditad en vuestro corazón lo que pronuncian vuestros labios. No cantéis más que lo prescrito; lo que no está señalado para cantar no lo cantéis.

## IV

### El ayuno y el alimento

Dominad vuestra carne con ayunos y abstinencias en la bebida y en la comida, en la medida en que vuestra salud os lo permita. Si alguna de vosotras no puede ayunar, que al menos no tome nada fuera de las horas de las comidas, a no ser en caso de enfermedad.

Desde el comienzo hasta el fin de la comida, escuchad la lectura sin hacer ruido y sin discusiones, que no sea únicamente nuestra boca la que tome alimento, sino que también vuestros oídos sientan hambre de la palabra de Dios.

Si se les sirve un alimento especial a aquéllas, debilitadas por otras costumbres, las otras a quienes hábitos diferentes, las han hecho más fuertes, no deben mirar ese privilegio como singular e injusto. Que no juzguen más afortunadas a sus compañeras, porque reciben lo que a ellas no se les da; sino que, más bien, se feliciten por poder lo que las otras no pueden. Si aquéllas que, después de una vida refina-

da, vienen al monasterio y reciben, en lo referente a los alimentos, la ropa y las mantas, lo que no se da a otras más fuertes, y por consiguiente más felices, éstas deben considerar cuán grande es la diferencia de la vida que sus compañeras han dejado en el mundo, con respecto a la vida conventual, ya que no han podido conseguir la frugalidad de las más fuertes. No deben turbarse al ver que reciben más, no a título de honor, sino como una tolerancia. Sería una detestable inversión de las cosas si, en un monasterio en que las ricas se ejercitan en la accessis en la medida que pueden, las pobres se muestran delicadas.

Necesariamente es preciso modificar el régimen de las enfermas para evitar que se agrave su mal; después de la enfermedad hay que tratarlas de modo que se puedan restablecer pronto, aunque su anterior condición en el mundo, haya sido de lo más humilde. Su reciente enfermedad las coloca, en efecto, en la misma situación en la que se encuentran las ricas como consecuencia de su antiguo género de vida. Una vez recuperadas las fuerzas, volverán a su más afortunada manera de vivir, que conviene tanto más a las siervas de Dios cuantas menos son sus necesidades, y no perderán el tiempo en seguir buscando los alivios que la enfermedad autoriza. Que se estimen más ricas aquéllas que puedan soportar más privaciones; porque vale más reducir sus necesidades que acrecentar el bienestar.

## V

### La modestia

No os distingáis por vuestra manera de vestir, y tratad de agradar, no por vuestro porte sino por vuestra conducta. Llevad el cabello completamente cubierto sin dejarlo al aire por negligencia y no cuidarlo con artificio.

Cuando salgáis, id juntas; llegadas a donde tenéis que ir, permaneced juntas. Que nada en vuestras actuaciones, en vuestra actitud, en

vuestro porte, en vuestros movimientos, pueda inspirar malos pensamientos: respetad la santidad de vuestro estado. Si vuestros ojos ven a alguien, que no se fijen en nadie.

## VI

### De la corrección fraterna

Si véis en alguna de vuestras Hermanas esta frivolidad en la mirada de la que os hablo, advertidla enseguida para detener, el mal y para evitarlo desde un principio. Si, una vez advertida, descuida el corregirse, debéis considerarla como a una mal herida que necesita ser curada. Sin embargo, antes de dar a conocer su falta a otras para que puedan dar testimonio, hay que informar a la Superiora. Una amonestación en secreto quizá pueda evitar el poner a otras al corriente de ello. No penséis que obráis mal cuando hacéis estas revelaciones. Por el contrario, seríais mucho más culpables si, pudiendo corregir a vuestras Hermanas, las dejáis caer por vuestro silencio. Si una de ellas tuviera una herida que tratase de ocultar por miedo a una operación, ¿no sería impiedad el callarse y misericordia el hablar? Con cuánta más razón debéis descubrir la llaga del corazón que es más peligrosa.

Si la culpable niega su falta, deberá informarse a una o dos Hermanas, con el fin de convencerla ante ellas, no ante un solo testigo sino ante dos o tres. Una vez convicta, deberá soportar el castigo que la Superiora o el sacerdote le impongan para su enmienda. Si rehusa someterse, deberá retirarse por propia voluntad; si no deberá ser separada de vuestra compañía. Esto no es impiedad, sino misericordia, porque es impedir que por un funesto contagio se pierdan otras.

Lo que he dicho de las miradas inmodestas debe aplicarse con diligencia a las otras faltas para descubrirlas, corregirlas, denunciarlas, probarlas o castigarlas, con amor hacia las personas y con rechazo hacia los vicios.

Si alguna de vosotras llegase a aceptar en secreto cartas o regalos, si lo confiesa espontáneamente se le perdonará y se rezará por ella; pero si se la coge in fraganti y convicta, será severamente castigada, según la decisión de la Superiora.

## VII

### El cuidado de la ropa

Dejad vuestra ropa en un mismo lugar, bajo el cuidado de una o dos Hermanas, o de tantas como fuera necesario para limpiarla y preservarla de la polilla. Así como recibís el alimento de una misma despensa, del mismo modo debéis recibir vuestra ropa de un mismo vestuario.

Si es posible no os preocupéis de lo que se os dará para vestiros según las exigencias de las estaciones; ni os preocupéis tampoco de saber si cada una ha recibido el traje que había dejado o el que otra había ya usado, con tal de que a ninguna se le niegue lo que necesita. Si esta distribución suscita, entre vosotras, reclamaciones o críticas, si da lugar a quejas por haber recibido vestidos peores que los que teníais anteriormente, o de rechazo por llevar los trajes de otra Hermana, evaluad por esto cuánta santidad le falta a la vestidura interior de vuestra alma, puesto que discutís sobre los vestidos del cuerpo. Sin embargo, si condescienden con vuestra debilidad y os devuelven vuestros antiguos trajes debéis, cuando menos, entregarlos para su cuidado en común, en el mismo lugar. De ese modo nadie debe preocuparse de sí misma, ni de sus vestidos, ni de su cama, ni de su velo, sino que obréis siempre en común, con tanto más celo, constancia y alegría que si cada una se ocupase de sus cosas propias.

Se ha escrito acerca de la caridad, que no busca su propio interés; esto quiere decir, que antepone los intereses comunes a los suyos propios, y no los propios intereses a los comunes. Valoraréis pues,

vuestros progresos en razón de la preferencia que deis al interés común antes que a vuestro propio interés, ¡Que prevalezca sobre todas las necesidades efímeras, la caridad que permanece!

Así pues, cuando alguien envíe a su hija o a sus parientes, más o menos cercanos, que viven en el monasterio, ropa o algún otro objeto de uso corriente, no deben recibirse a escondidas sino que deberán entregarse a la Superiora, a fin de que, guardado en común, pueda darse a quien lo necesite. Si alguna Hermana esconde el regalo recibido, sería considerada como culpable de robo.

Vuestras ropas, a juicio de la Superiora, las lavaréis vosotras mismas, u otras Hermanas, para evitar que la preocupación de la limpieza de los hábitos manche el interior de vuestras almas.

## VIII

### El cuidado de los enfermos

En caso de enfermedad, deben tomarse, sin quejas, los remedios necesarios según el consejo del médico. Si la enferma se opone, la Superiora le obligará a hacer lo que es necesario para su curación. Por otra parte, si reclama alguna cosa que pueda perjudicarle, no se cederá a su deseo; ya que cuando algo agrada, tiende uno a pensar que es provechoso, aunque sea perjudicial.

Si una sierva de Dios padece un dolor oculto, hay que creer, sin dudar, lo que diga. Pero si no se tiene la seguridad de que el remedio que le place, pueda curarla, hay que consultar la médico.

Las Hermanas que deban salir por razones de salud, nunca saldrán solas, pues tendrán que ir dos por lo menos. La que tenga que salir no debe escoger su acompañante, sino que deberá aceptar la que designe la Superiora.

El cuidado de las enfermas, el de las convalecientes, y el de aquéllas que, incluso sin fiebre, padecen alguna enfermedad, debe confiarse a una Hermana que pedirá personalmente, en la despensa, lo que juzgue necesario.

Las religiosas encargadas de la despensa, del vestuario o de la biblioteca servirán a sus Hermanas sin quejarse. Deberá dedicarse, cada día, una hora para pedir los libros. Mientras que las Hermanas que se ocupan de la ropa y del calzado deben darlo sin demora a aquéllas que lo necesiten.

## IX

### Las relaciones mútuas

Que no haya desavenencias entre vosotras, y si las hubiera cortadlas lo más pronto posible, para evitar que la cólera se convierta en odio y, evitar que, al hacer de una paja una viga, se vuelva homicida el alma, según lo que está escrito: El que odia a su hermano es homicida.

Cualquiera que hiera a otra al injuriarla, al insultarla, al acusarla de faltas graves, no debe descuidar el restañar, lo más pronto posible, con una satisfacción adecuada, la herida que ha causado; y la otra deberá perdonarla sin discusión. Las que se hayan ofendido recíprocamente deben perdonarse la una a la otra, por medio de la oración, que debe ser tanto más santa cuanto más frecuente. Aquélla que se enfada con facilidad, deberá apresurarse a pedir perdón a la ofendida, pues es mejor ésta que no la que, siendo menos propensa al enfado, se resiste más a pedir perdón.

Aquélla que no quiera perdonar a su Hermana no espere obtener el fruto de la oración. No tiene lugar en el monasterio, aunque no se la haya expulsado, la que no quiere pedir perdón o que no lo pide desde el fondo de su corazón. Absteneos, pues, de pala-

bras duras; si alguna vez se escapan de vuestros labios, no demostréis en poner remedio con los mismos labios que han causado la herida.

Cuando la necesidad de la disciplina os obligue a hablar con dureza a vuestras inferiores, incluso si pensáis que os habéis propasado, no estáis obligadas a pedirles perdón, para evitar que por un exceso de humildad, se debilite vuestra autoridad con respecto a aquéllas que os deben sumisión. Sin embargo, debéis pedir perdón al Maestro de todas, que conocen con cuanta benevolencia amáis a esas mismas que reprendéis con demasiada severidad. Entre vosotras este amor no debe ser carnal, sino espiritual.

## X

### La obediencia

Obedeced a vuestra Superiora como a una madre, respetándola como es debido, para no ofender a Dios en su persona; y más aun a la Iglesia, que es la encargada de todas vosotras.

Es ante todo la Superiora, la que tiene el deber de velar para que se observen todas las prescripciones, y evitar por medio de las amonestaciones y correcciones, cualquier desobediencia. Si algún caso excediera a sus poderes o a sus fuerzas, deberá recurrir a la Iglesia.

Que la Superiora se considere feliz, no de dominar con autoridad, sino de servir con caridad. Ante los hombres, que su dignidad la sitúe por encima de vosotras; ante Dios, que el temor la haga sentirse bajo vuestros pies.

Que sea para todas modelo de obras buenas. Que reprenda a las que introduzcan desorden, que anime a las pusilánimes, que sostenga a las débiles, que sea paciente con todas; que observe la regla de todo corazón, pero que no la impongan sino con delicadeza.

Aunque los dos sentimientos son necesarios, deberá preferir sentirse amada antes que temida, sin olvidar nunca, que tendrá que dar cuenta a Dios de todas vosotras. Al obedecerla, tened compasión no solamente de vosotras, sino también de la Superiora, pues al tener un puesto más elevado, es también más peligroso.

### **Conclusión**

Que el Señor os conceda cumplir todas estas cosas con amor, como almas apasionadas de la belleza espiritual, y que la santidad de vuestra vida, exhale el buen olor de Cristo, no como esclavos bajo el yugo de la Ley, sino como hijos bajo el reinado de la Gracia.

Para que esta Regla sea como un espejo en el que podáis contemplaros, y para que el olvido no sea causa de negligencias, se os leerá una vez por semana. Cuando comprendáis que cumplís todo lo que prescribe, dad gracias al Señor, dispensador de todo bien. Por el contrario, si alguna de vosotras se da cuenta de que ha faltado en algo, deberá arrepentirse del pasado y prevenir el futuro, y pedir a Dios que le perdone su ofensa y que le libre de la tentación. Así sea.

---

## **Í N D I C E**

### **DE LOS TEXTOS FUNDACIONALES**

# Í N D I C E

## DE LOS TEXTOS FUNDACIONALES

---

|  |     |
|--|-----|
| INTRODUCCIÓN DE SOR CLARE TERESA   | VII |
| INTRODUCCIÓN A LAS CONSTITUCIONES<br>por el Padre Combalot                           |     |
| Introducción   | 1   |
| Texto  | 6   |
| LAS CARTAS DE LA MADRE MARÍA EUGENIA DE JESÚS<br>al Padre Gros y al Padre Lacordaire | 73  |
| - al Padre Gros: Introducción y Texto  | 74  |
| - al Padre Lacordaire: Introducción y Texto  | 86  |
| - al Padre Lacordaire: Introducción y Texto  | 95  |
| - al Padre Lacordaire: Introducción y Texto  | 103 |
| Respecto a las cartas al Padre d'Alzon   | 109 |
| LAS CONSTITUCIONES DE 1840   |     |
| Introducción   | 111 |
| Texto  | 119 |
| LAS CONSTITUCIONES DE 1844   |     |
| Introducción   | 175 |
| Texto  | 186 |
| ESTATUTOS DE 1854  |     |
| Introducción   | 235 |
| Texto  | 246 |
| LAS CONSTITUCIONES DE 1866   |     |
| Introducción   | 251 |
| Texto  | 260 |
|  | 519 |

## LAS CONSTITUCIONES DE 1888

|              |     |
|--------------|-----|
| Introducción | 309 |
| Texto        | 317 |

## CAPÍTULOS DE LA MADRE MARÍA EUGENIA

### I. Los Capítulos de 1878, sobre el espíritu de la Asunción

|              |     |
|--------------|-----|
| Introducción | 367 |
| Texto        | 371 |

### II. Otros Capítulos

|   |     |
|---|-----|
| – Sobre el espíritu de la Asunción<br>14 de diciembre de 1873                                       | 452 |
| – Sobre el misterio de la Asunción<br>19 de agosto de 1881  | 457 |
| – Sobre Adviento<br>–Pedir el advenimiento del Reino de Jesucristo–<br>3 de diciembre de 1882       | 465 |
| – Sobre el aniversario de la Fundación<br>2 de mayo de 1884   | 473 |
| – Construir nuestra obra y nuestra enseñanza<br>sobre los cimientos de la fe<br>28 de abril de 1889 | 480 |

## «CONSEJOS SOBRE LA EDUCACIÓN»

|              |     |
|--------------|-----|
| Introducción | 487 |
| Texto        | 489 |

## REGLA DE SAN AGUSTÍN

507